

Experiencia de Dios y Celibato Creativo

a la luz de la actual psicoterapia

Luis Jorge González, O.C.D.
Director del Centro de Estudios de Espiritualidad, México

Una mirada rápida a los medios de comunicación social nos hace descubrir que el celibato no es tema de primera línea. Sin embargo, no faltan novelas, piezas teatrales, artículos y películas sobre el celibato de los sacerdotes, de los religiosos y, algunas veces, de los laicos.

Lo que sí encontramos, casi en primer plano, es la licencia en el comportamiento sexual y el avance creciente de la pornografía. Entonces, por contraste, el celibato de los cristianos mantiene su impacto en la opinión pública y en la conciencia de las personas.

Sea que se le mire con indiferencia e incredulidad, sea que se le vitupere como imposible e insano, el celibato cristiano sigue siendo un hecho humano e histórico que sacude las conciencias. Y más allá de la actitud con que se le afronte, sigue transmitiendo un mensaje. Con el lenguaje de los hechos, advierte a los hombres que la existencia se realiza —plenamente—, por encima del placer, de los refinamientos sexuales, de la sofisticación pornográfica, del intercambio de parejas...

Trascendiendo todo este afán desmedido de placer, que encierra al individuo en los límites estrechos de su yo, se perfila un placer mayor. Es el placer de amar al prójimo, de sacrificarse por el otro, de colaborar en la liberación integral del oprimido, de vivir el compromiso de la amistad, de disfrutar el orgasmo completo —fruto de la entrega amorosa al cónyuge— y, también, de luchar por orientar toda la sexualidad al servicio de los demás y al amor a Dios, mediante un celibato libremente asumido.

El celibato, pues, aparece como una forma concreta de vivir el amor. Su meta inmediata es la persona humana. Y su objetivo más profundo es el seguimiento de Cristo célibe, pobre y capaz de dar por amor. Pero, se trata de un amor concreto, que engendra la redención y la liberación de los pobres, oprimidos, enfermos y pecadores.

Sin embargo, a pesar de la buena voluntad, muchos cristianos —laicos, religiosos y sacerdotes— sucumben muchas veces ante los embates poderosos de su impulso sexual. Y esto a pesar de sus luchas y esfuerzos más generosos.

La existencia de una opción radical por Cristo, el esfuerzo denodado por comportarse sexualmente con rectitud, son indicadores de que

el problema no es moral. No es cuestión de ir a confesarse. Aparte de este recurso al sacramento de la reconciliación, hace falta algo más.

Pues bien, el presente ensayo es un esfuerzo de investigación sobre ese *algo más*, de que muchos cristianos carecen para vivir más efectivamente su celibato.

No es una investigación experimental. Tampoco se queda confinada a los límites de lo bibliográfico. Supone un trabajo concreto de orientación espiritual y terapéutica de laicos todavía no casados, de religiosos y sacerdotes, incluidos algunos laicos consagrados.

He dividido el material recopilado, en cuatro capítulos. El primero, *los desbordamientos sexuales* está dedicado al problema planteado por ciertas fallas involuntarias contra el celibato. Allí, en forma hipotética, presento algunas de sus posibles causas.

El segundo, *naturaleza de la sexualidad*, es un estudio psicológico de los rasgos principales del impulso sexual en los seres humanos.

El tercer capítulo, *integración sexual, celibato y experiencia de Dios*, intenta establecer la correlación existente entre madurez sexo-afectiva y experiencia de Dios.

El cuarto capítulo, *creatividad del célibe cristiano*, representa un esfuerzo por descubrir una solución realista para el problema de los desbordamientos sexuales. Y, al parecer, la creatividad parece muy prometedora como vía de realización afectiva dentro del celibato cristiano.

1. Los Desbordamientos Sexuales

La Iglesia de nuestros días, igual que la sociedad en general, tiene que enfrentar el problema de una crisis en el comportamiento sexual de sus miembros. Y me refiero no solamente a los laicos, sino también a los religiosos y sacerdotes.

Presento una serie de datos que nos demuestran a las claras la existencia de esa crisis. Sin embargo, yo quiero enfocar mi investigación hacia un problema más específico. Yo lo denomino *desbordamientos sexuales*.

Llamo desbordamientos sexuales a las conductas sexuales que algunos cristianos, obligados al celibato inspirado en Jesucristo, realizan contra su voluntad. Aquí caben los jóvenes no casados que caen en relaciones sexuales completas. También padecen los desbordamientos sexuales los viudos, los religiosos y sacerdotes que, debido a su estado de vida y en base a su fe cristiana, deberían vivir el celibato. En este caso puede tratarse de la masturbación, asistencia a espectáculos del todo eróticos, caricias eróticas a un amigo o amiga, etc.

Insisto, se trata de actos que no sólo no responden a una opción por el pecado, sino que se dan a pesar de una actitud de lucha y esfuerzo por comportarse sexualmente según el ejemplo de Cristo. Cuando a pesar de una opción clara por Cristo y, no obstante el esfuerzo por imitarlo en su comportamiento sexual, el cristiano cae en una conducta sexual prohibida, entonces es probable que nos encontremos ante un desbordamiento sexual.

Antes de mencionar los *datos* que engloban el hecho de los desbordamientos sexuales, recordaré que el celibato cristiano es *un don de Dios*. Luego mencionaré algunas de las posibles causas de esos desbordamientos.

1. *El Don del Celibato Cristiano*

Al hablar ahora del celibato no me refiero a la ley que libremente acogen los sacerdotes antes de su Ordenación. Tampoco aludo al voto de castidad elegido por los religiosos y miembros de Institutos Seculares. Me refiero a la actitud y comportamiento que los cristianos —mientras no realizan una vida marital legítima— deben adoptar ante lo sexual, según el modelo de Cristo. Esto significa que los jóvenes no casados deberían mantenerse castos hasta el matrimonio. Los solterones también, en razón de su vocación cristiana, están llamados a comportarse celibatoriamente. Y, por supuesto, el celibato cristiano se convierte en un valor más vivo para los religiosos y sacerdotes que se consagran enteramente a Dios.

Ahora bien, el pensamiento de la Iglesia¹ y, sobre todo, la experiencia de los cristianos nos muestran que el comportarse sexualmente según el ejemplo de Cristo, es un don de Dios Padre. Las fuerzas naturales no son suficientes, en la mayoría de las gentes, para contener y orientar celibatoriamente el impulso sexual. En especial cuando, según el modelo de Cristo, no se pretende hacer del celibato un mero ejercicio de continencia. Si, por el contrario, se busca el cauce del amor para aprovechar positiva y constructivamente la riqueza de la sexualidad, entonces, con mayor razón, la fuerza creativa que el Padre nos entrega por medio del Espíritu Santo.

2. *Fallas en el Celibato Cristiano*

Sin embargo, tengo la impresión de que los sacerdotes y demás hombres de Iglesia nos limitamos a sostener el celibato como conducta normativa de los cristianos, pero no facilitamos el proceso de aprendizaje de un comportamiento celibatario. Ni siquiera explicamos cómo se hace para integrar la sexualidad y disponer de ella —mientras no se está casado—, según el modelo de Cristo.

Así que nos encontramos ante un problema pastoral, que las estadísticas subrayan con realismo y, tal vez, con exageración. Yo supongo

¹ En los más recientes Documentos eclesiásticos se habla, por lo menos haciendo referencia a los sacerdotes, de la gracia o del don del celibato. Véase por ejemplo: Pío XII *Sacra Virginitas*, 25-III-1954, Roma, Ediciones Paulinas, 1954, p. 20 Vaticano II, PO 16; PC 12. Pablo VI, *Sacerdotatus Caelibatus*, 24-VI-1967, Turin Famiglia dell Ave Maria, 1971, nn. 12, 22, 45, pp. 72, 80, 96.

Por otro lado, en nuestro tiempo se ha empezado a hablar ya de un *celibato laical*. Y hago extensivo lo del celibato como *don* al celibato de los laicos y de los religiosos. Cf. M. Ponce Correa, *Celibato laical*, Roma, Teresianum —Tesis de Doctorado— 1972. G. Durand, *Sexualité et foi*, Montréal, Fides, 1977, pp. 379-380.

que dentro de esas estadísticas se encuentran las personas que caen en los desbordamientos sexuales².

Las estadísticas suelen referirse, por lo general, a dos tipos de conductas sexuales: la masturbación y las relaciones prematrimoniales.

La *masturbación* puede ser descrita como la autoestimulación a nivel de órganos sexuales, con el fin de gozar el placer sexual y eliminar la tensión del impulso correspondiente.

“Hoy día, en nuestro medio occidental, la masturbación parece un fenómeno muy frecuente, a pesar de que sea difícil tener unas estadísticas exactas al respecto. En su encuesta sobre el comportamiento sexual de los Americanos, Kinsey llegó a la conclusión de que el 93% de los hombres y el 58% de las mujeres se han masturbado por lo menos una vez en su vida. Antes de la edad de 20 años la proporción sería de 72% entre los hombres y de 33% entre las mujeres. Se ha criticado mucho la validez científica del reporte Kinsey, especialmente en lo que se refiere a la comprensión de las preguntas y a la veracidad de las respuestas —algunos de los interrogados se han jactado de haber mentado para burlarse—. Sin embargo, diferentes encuestas en Europa, por ejemplo la de Ford y Beach, la de Hirschfeld, la de Schwarch, concluyen que del 85% al 96% de los hombres han conocido la experiencia de la masturbación”³.

Reafirmando y ampliando los datos apenas mencionados, otros autores escriben:

“Los estudios indican que un 95% de la población masculina total practica la masturbación en una o en otra época (Kinsey 1948; Bell, R.R. 1973). El 13% de ambos sexos se masturba a los diez años (Reevev 1961). Hay datos de que los adolescentes varones se masturban por término medio dos veces a la semana, pero un 17% lo hace cuatro o más veces en el mismo plazo. Esta práctica disminuye en los muchachos en los años que siguen a la adolescencia, pero se produce esporádicamente a lo largo de toda la vida (Ford y Beach 1963). El 70% de los graduados universitarios varones norteamericanos la practica ocasionalmente incluso después del matrimonio. El 25% de los casados mayores de los sesenta años se masturba ocasionalmente (Kinsey 1948).

Las mujeres que se masturban, casadas o no, empezaron a hacerlo en la mayor parte de los casos cerca ya de los veinte años; la práctica aumentó hasta la edad de cuarenta y cinco, para mantenerse estable a partir de entonces y hasta los setenta años. La masturbación suele ser el medio más seguro de obtener el orgasmo para las mujeres (Davis, K. E. 1971; Masters y Johnson 1966). Para algunas es la única forma de conseguirlo (Sullivan 1969)”⁴.

² Creo que el concepto de desbordamientos sexuales se aplica en aquellos casos a los que se refiere esta frase: “Es verdad que en las culpas de orden sexual, teniendo en cuenta un género y sus causas, sucede más fácilmente que no se dé plenamente un consentimiento libre, y esto sugiere que hay que ser prudentes y cautos al dar un juicio sobre la responsabilidad del sujeto”. De la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. *Declaración sobre ciertas cuestiones referentes a la ética sexual*, Roma, Políglota Vaticana, 1975, n. 10. p. 15.

³ G. Durand, *Sexualité et foi*, o.c., p. 204.

⁴ A. Kosnik y otros, *La sexualidad humana*, Madrid, Cristiandad, 1978, pp. 87-88.

La expresión *relaciones prematrimoniales* suele referirse a la realización de la cópula o acto conyugal antes de celebrar la alianza matrimonial. Pueden revestir muy diversas modalidades: Desde la relación forzada e irresponsable hasta el encuentro íntimo de los novios formales.

Las estadísticas no entran en estos pormenores circunstanciales. Así que resultan incluidas en ellas, sin perder del todo su responsabilidad, los jóvenes que, por desconocer el manejo de la sexualidad, fueron víctimas de un verdadero desbordamiento.

“Si se cree a encuestas hechas muy recientemente en ambientes universitarios de distintos países, se constata que la primera relación sexual tiene lugar, como término medio a los 17,9 años en Estados Unidos para los chicos, y a los 18,7 para las chicas. Están, pues, probablemente finalizando aún sus estudios secundarios. Cifras análogas se constatan en Alemania (una media de 19 años para los dos sexos), y más precoces aún en Inglaterra (una media de 17,6). En Francia, una encuesta de F. Caze-nave y A. Cluet, en 1966, antes de que se hubiera generalizado una cierta libertad sexual, indicaba que el 75% de las chicas había tenido experiencias sexuales con chicos antes de finalizar sus estudios. Estas cifras medias significan que estas relaciones han comenzado en algunos desde los catorce años. Y se ve que ya no es necesario que los jóvenes entren a la universidad para enfrentarse con el problema de las relaciones sexuales prematuras entre chicos y chicas; relaciones que muchos de ellos no consideran ya deshonorosas. Los estudiantes más jóvenes —*freshmen*— parecen incluso los más emancipados. Los ambientes de colegios que dependen de las instituciones religiosas dan, sin embargo, medias bastante inferiores en los Estados Unidos (un 38% de los estudiantes y un 12% de las estudiantes han tenido tales experiencias)”⁵.

Todavía en el ámbito propiamente estudiantil, se descubren porcentajes muy parecidos a los ya mencionados.

“Kinsey recoge el dato de que el 60% de las mujeres encuestadas para su informe, nacidas después del 1900, habían tenido relaciones prematrimoniales (1953). Otros estudios más recientes demuestran que el 50% de las universitarias han tenido relaciones prematrimoniales (Bell, R. R. 1971; Koats 1970; Davis, K. E. 1971). Otro estudio hace una comparación controlada entre alumnos pertenecientes a clases de coeducación en 1958 y en 1968, dentro de la misma gran universidad urbana. El resultado es que mientras los alumnos de 1958 tendían a mantener relaciones prematrimoniales sólo con quien estaban comprometidos, los alumnos de 1968 mantenían este tipo de relaciones en la misma amplitud con jóvenes con las que simplemente salían ocasionalmente (Bell y Chaskes 1970; Christensen y Gregg 1970). La incidencia del trato carnal en ambientes de coeducación, sin embargo, varía según la localización y el tipo de centro universitario. Otro estudio sobre alumnas de primer curso de una gran universidad estatal revela que en 1967 sólo un 7% no eran vírgenes, mientras que en 1970 no lo era un 15% de las alumnas de primer curso (Walsh 1972).

De las mujeres estudiadas en el informe Kinsey que habían tenido relaciones prematrimoniales, un 53% lo habían hecho con una sola persona,

⁵G. Cruchon, *Celibato y madurez, La hora de la elección*, en J. Coppens (Director) *Sacerdocio y Celibato*, Madrid, BAC, 1971, p. 487.

un 34% con un número variable de hombres, entre dos y cinco, y un 13% con seis o más (Kinsey 1948). También recoge Kinsey el dato de que el 98% de las universitarias nacidas después del 1910, casadas o no, habían recurrido a la estimulación sexual de uno u otro tipo con compañeros varones. Otro estudio más reciente informa que el 90% de las universitarias incluidas en el estudio había practicado la estimulación genital con varones sin desvestirse (Davis, K. E. 1971).

... Hay algunos datos acerca del grado de correlación existente entre las convicciones religiosas y las relaciones prematrimoniales. Un estudio indicaba que sólo un 50% de las personas que asisten semanalmente a la Iglesia las desapruaba en todas circunstancias (Largey y Taft 1975). El 43% de los católicos las admite en el caso de los novios formales (hace 10 años este porcentaje era únicamente del 12%; National Opinion Research 1975). La mayor parte de la población general las aprueba en ciertos casos, al menos cuando hay amor entre los interesados (Levitt y Klassen 1973)⁶.

Esta situación sexual no parece del todo ajena entre los religiosos que han hecho una opción libre por el celibato consagrado. Por lo menos así resulta en un estudio de "más de 8.500 documentos" que los dimisionarios de la Vida Religiosa escriben a la Santa Sede explicando los motivos que los mueven a pedir la dispensa de sus votos. Y el autor concluye que el 20% de varones abandona la Vida Religiosa por motivos referentes al voto de castidad o a la imposibilidad de ordenar y sublimar la sexualidad. En cambio, entre las mujeres el motivo sexual aparece en tercer lugar⁷.

En esta investigación encontramos una serie de *indicadores* o frases textuales de quienes solicitan la dispensa de los votos. Yo he seleccionado algunos de los más cercanos a la categoría de *desbordamientos sexuales*.

- "Mi incapacidad, probada durante un período de varios años, de cumplir las obligaciones del voto perpetuo de castidad".
- "Pido el indulto de secularización porque no creo estar llamada a ser virgen por el Señor, esposa del Señor, Dios me interesa como Padre Creador pero no como esposo".
- "He violado mi voto de castidad y se me hace difícil guardarlo".
- "Había pedido un indulto de excomunión después de haber sido analizada por un psiquiatra quien llegó a la conclusión de que me estoy volviendo proclive a la homosexualidad y me recomienda casarme".
- "Tengo un serio problema con el hábito de la masturbación que no he sido capaz de controlar o refrenar durante tres años".
- "El celibato siempre me ha resultado un gran peso, y desde hace tres meses amo a un hombre que me ama igualmente".
- "He encontrado un hombre del que me he enamorado profundamente y él de mí; ambos estamos pensando en casarnos".

⁶ A. Kosnik y otros, *La sexualidad humana*, o.c., pp. 88-90.

⁷ G. Pastor, *Análisis de contenido en los casos de abandono de la Vida Religiosa*, Roma, Universidad Pontificia Salesiana —Tesis de Doctorado— 19-74, pp. 142-146, 279-280.

Un estudio realizado al interior de una congregación religiosa nos ofrece datos semejantes a los anteriores. Pero, hace una aclaración en la línea de que las dificultades no son fruto de falta de generosidad o de prudencia. Se trataría, por tanto, de desbordamientos sexuales.

“Un hecho, sin embargo, es digno de nota: bastante frecuentemente los profesos —sobre todo perpetuos— que piden la dispensa a causa de las dificultades del *sexto*, confiesan que ellos creían que este problema estaba resuelto desde hacía años, siendo así que las tentaciones han aparecido de improviso, más violentas que nunca. Nada en los *dossiers* permite suponer que estos sujetos hayan abandonado su generosidad inicial o que hayan cometido algunas imprudencias. Así pues, se puede pensar que el germen de esta crisis, que acaba de manifestarse, estaba latente en ellos, y no esperaba más que una ocasión favorable para manifestarse”⁸.

Entre los sacerdotes la situación parece más grave todavía. Por lo menos quienes abandonaron el ministerio de 1964 a 1969, alegan el celibato para pedir la dispensa. Y la media general de los que aducen ese motivo, es de 94,44% en esos seis años⁹.

El autor de esta investigación reproduce algunas razones presentadas por los solicitantes para justificar la dispensa del celibato.

“La vieja costumbre de faltar a la castidad antes del sacerdocio se adormeció en los dos años anteriores a la ordenación, pero después reapareció poderosa un año, dos años después de la ordenación. Tras haber tratado de vencer, han sido derrotados: postrados y sin confianza, no quieren conducir una vida doble.

“Después de la ordenación, volviendo a la mala costumbre de la masturbación, la he vencido con el amor de la mujer, con la cual no siempre, al contrario, casi nunca se cayó carnalmente”.

“Durante el seminario era consciente de no poder observar el celibato, pero creía tener suficientes fuerzas después del sacerdocio”...¹⁰.

La visión de este problema, como es natural, despierta la gana de encontrar soluciones realistas. Y un afán de esta naturaleza, me mueve a investigar las perspectivas de solución.

En estas perspectivas se encuentran las *posibles causas de los desbordamientos*. También me adentraré en el estudio de *la naturaleza de la sexualidad*, para presentar la hipótesis de solución que me parece más eficaz. Me estoy refiriendo a *la experiencia de Dios* como camino para superar los desbordamientos sexuales. Es obvio que no basta con la superación de los desbordamientos. Aparte, por lo menos para los cristianos auténticos, es necesario que el celibato se concrete en *la creatividad del amor*, según el ejemplo de Jesucristo.

⁸ M. Leclercq, *Les départs avant les voeux définitifs*, en *Supplément de la Vie Spirituelle*, 14 (1961) 48.

⁹ E. Colagiovanni, *Le defezioni dal ministero sacerdotale*, Roma, Tipografia Poliglota Vaticana, 1971, pp. 56-59.

¹⁰ *Ib.*, Cf. F. Leist, *Zum Thema Zölibat*, Munich, Kindler, 1973, pp. 11-211.

3. Posibles Causas de los Desbordamientos Sexuales

Hasta el momento, a partir de mi práctica como orientador espiritual y psicoterapeuta, me explico los desbordamientos por tres causas. En algunos casos está presente una u otra; y algunas veces actúan las tres al mismo tiempo.

La primera la denomino *falta de apertura a la experiencia sexual*. Si alguien niega su experiencia sexual, con todos sus atributos naturales, entonces no dispone de su sexualidad. Por lo mismo, no hay la libertad suficiente para que la oriente y la sublime según las pautas de la vida cristiana.

Al parecer, muchos cristianos caen en los desbordamientos por *falta de apertura a la experiencia del otro*. La sexualidad, sobre todo cuando florece en forma de amor, es centrífuga o alocéntrica. Por su misma naturaleza se orienta hacia el otro. Por tanto, la falta de un compromiso arrancado por lo que el otro vive o experimenta, implica un almacenamiento exagerado de las energías propias del impulso sexual.

Esa especie de represión sexual acumula la fuerza de la sexualidad. Al crecer las demandas de ésta, el cristiano tiene que gastar más energías para controlarse. Hasta que el caudal sexual es tan enorme, que la represa del autocontrol cede. Entonces adviene el desbordamiento sexual.

La tercera causa la encuentro, cada día más, en al *falta de apertura a la experiencia de Dios*. Normalmente, la experiencia de Dios tiene como punto focal el reconocimiento experiencial del amor de Dios. Y ese reconocimiento del amor divino suele estar cargado de una alegría profunda y expansiva. Y así, el goce del amor delicadísimo de Dios, por medio de Jesucristo, refuerza la decisión libre de agradar a Dios, mediante un comportamiento sexual inspirado en el ejemplo del mismo Jesucristo.

Fuera de esta relación personal y teologal con Dios, por medio de Cristo, el celibato cristiano resulta una aventura casi imposible. Tal vez se llegue al control sexual propio de la continencia. Pero, falta el aspecto positivo y constructivo del celibato. Y para esto se requiere el contacto experiencial con el amor de Dios, que crea y recrea al hombre a través de Jesucristo.

Después de hablar de los desbordamientos sexuales, y habiendo señalado sus posibles causas, describiré la naturaleza de la sexualidad. Para este fin aprovecharé, de manera especial, los aportes de la psicología.

II. Naturaleza de la Sexualidad

Para saber manejar la propia sexualidad, de forma que se eviten los desbordamientos y se aproveche la riqueza de la misma en la creatividad del amor, hace falta conocer cuáles son los rasgos que la caracterizan.

Hasta el momento, yo he logrado identificar siete rasgos que, al parecer, constituyen la naturaleza de la sexualidad. Son los siguientes:

- La excedencia energética,
- la procreatividad,
- la sublimación,
- la creatividad,
- la relacionalidad,
- el amor y
- la apertura a la trascendencia.

Incluiré en un primer apartado los primeros cinco rasgos de la sexualidad. Luego, para que aparezca con claridad que el amor es el corazón de la sexualidad y que no es reducible a ella, dedicaré el segundo apartado al tema del amor. Por último, el tercer apartado es para señalar que cuando el amor palpita en la sexualidad, ésta despliega su apertura a la trascendencia.

Antes de seguir adelante quiero explicar lo que entiendo por *sexualidad*. La considero como una dimensión de la persona total, con la cualidad específica de inclinar eróticamente a la persona hacia el individuo del sexo opuesto, con la intención de unirse con él y reproducirse.

Así pues, lo sexual no es pura genitalidad. Tampoco la excluye indicando sólo que el hombre es un ser sexuado. Por ser sexuado, toda su personalidad —en los planos biológico, psicológico, social y espiritual—, lo mismo que todas sus actividades —pensar, sentir, trabajar, jugar, orar— son viriles o femeninas.

Por tanto, con el término abstracto de sexualidad, aludo en concreto a la genitalidad del hombre, a su ser sexuado —varón o hembra—, a su capacidad de dar afecto o ternura, y a su dimensión espiritual, que le permite amar y entregarse a la persona amada¹¹.

1. Rasgos Básicos de la Sexualidad

El primero de estos rasgos es la *excedencia energética* del impulso sexual. Todo impulso humano pone en tensión muscular y psíquica al individuo. Como el arco restirado, que ya está a punto de disparar la flecha.

Pero, el impulso sexual parece disponer de una fuerza o energía tan abundante, que de hecho sus recursos exceden con mucho las exigencias de la tarea reproductora del individuo.

“Un hecho dominante es la increíble sobreabundancia de los elementos fecundantes en relación con los elementos fecundados. A nivel humano, esto significa que, en un coito fecundante, el hombre pone a disposición, en unos cuantos centímetros cúbicos de esperma, miles de millones de espermatozoides, de los cuales uno o dos solamente, por lo general, alcanzarán

¹¹ Los Documentos más recientes de la Iglesia nos ofrecen un concepto y valoración de la sexualidad en consonancia con la Revelación divina, es decir, como una realidad positiva que es obra de Dios. Cf. Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, *Declaración sobre ciertas cuestiones referentes a la ética sexual*, o.c., n. 1, p. 3. Sagrada Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones para la educación en el celibato sacerdotal*, Tipografía Poliglota Vaticana, 1974, n. 27, p. 26.

el óvulo producido por la mujer y lo fecundarán. Todos los demás se pierden. La naturaleza biológica conlleva un despilfarro extraordinario”¹².

Este hecho explica en buena medida los desbordamientos sexuales y los pecados del mismo género. Porque la vida hace una fuerte presión para que cada individuo, independientemente de su edad, sexo y estado civil, realice los actos con los cuales la vida humana puede perpetuarse sobre la tierra.

La excedencia energética de la sexualidad hace comprensibles también los momentos de excitación sexual en la mujer, lo mismo que las poluciones nocturnas y las erecciones espontáneas en el varón. Aún cuando no se esté expuesto al bombardeo del erotismo contemporáneo, se vivirá la experiencia de llevar dentro de sí un volcán de energía vital y afectiva.

El rasgo de la *procreatividad* resulta muy obvio al estudiar la naturaleza de la sexualidad. Un acto conyugal implica el extraordinario poder de colaborar con Dios, en forma directa y eficaz, en la procreación de una nueva vida. Gracias a la procreación, los esposos pueden concretar su amor en esa obra nueva y original del hijo.

Sin embargo, sobre todo los más jóvenes, no acaban de advertir con realismo esa fuerza procreadora que late en su sexualidad. Y así, se entregan a la máxima expresión del amor, sin medir las consecuencias creadoras de ese acto íntimo.

Otro rasgo de la sexualidad consiste en que ella, por estar “dotada de la capacidad de sublimación, está en grado de cambiar su meta inmediata por otras metas que pueden ser consideradas más elevadas y no sexuales”¹³.

Así nos describe Freud el concepto de *sublimación*. Este concepto ha sido asumido en la literatura eclesiástica más reciente, a pesar de su cuño freudiano¹⁴.

Antaño, algunos autores como Allport, combatían sin más distinciones la concepción freudiana de sublimación¹⁵. Pero, incluso en la época de los años cincuenta, autores católicos detectaron que la sublimación, según Freud, no significa necesariamente “una manifestación de la libido”, a través de las actividades psíquicas superiores.

“Esta concepción conduce lógicamente a considerar el conjunto de la actividad psíquica superior del hombre como un *sucedáneo* de la libido sexual.

Freud, sin embargo, no ha llevado *explícitamente* sus ideas hasta estas consecuencias extremas. Encontramos en sus trabajos declaraciones que difícilmente pueden ser interpretadas de otro modo, al mismo tiempo que

¹² M. Oraison, *Le mystère humain de la sexualité*, París, Seuil, 1966, pp. 55-56.

¹³ S. Freud, *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*, en sus *Obras Completas II*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, p. 1586.

¹⁴ Pablo VI *Sacerdotatus Caelibatus*, o.c., n. 55, p. 102. Sagrada Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones para la educación en el celibato sacerdotal*, o.c., n. 27, p. 27 y n. 47, p. 42.

¹⁵ G. W. Allport, *La Personalidad*, Barcelona, Herder, 1968, pp. 184, 199, 250, 290.

repetidas protestas cuando sus adversarios le atribuyen esta teoría en su forma explícita. En sus protestas, Freud adopta con preferencia una vaga posición intermedia, de la que es difícil precisar el alcance exacto"¹⁶.

Yo supongo que en la actualidad, gracias a las aportaciones de los neofreudianos, el término sublimación debe ser entendido en el contexto de los textos de Freud que no dejan lugar a dudas. Me refiero a los textos en los que la sublimación aparece como un proceso de transformación de las exigencias de la sexualidad en necesidad de actividades superiores. Estas, de una manera que no es fácil de precisar hasta hoy, bajo determinadas condiciones, logran consumir buena parte de la excedencia energética de la sexualidad.

Algunos autores, tal vez movidos por el afán de alejarse de una incorrecta interpretación de la sublimación, la presentan en términos tan espirituales, que ya no entran en contacto con la realidad concreta de la terrible y excesiva presión del impulso sexual¹⁷. Y como los individuos reales experimentan esa presión enorme, entonces conviene salvar ciertas condiciones para que la sublimación sea efectiva y sana.

Freud describe una serie de condiciones necesarias para la sublimación¹⁸. Pero, porque él cae en la sospecha de algunos, prefiero referirme a lo que señala Vergote.

"Para concebir correctamente la sublimación, es necesario sostener en cualquier caso que la transformación de la pulsión sexual es todavía una satisfacción de ella. Si no, la sublimación sería una pura represión de ella, lo cual es una contradicción en los términos. Además, la pulsión sexual no podría dar su energía a una actividad con la cual no tiene una relación interna. Entonces, ¿cómo comprender una actividad que está desexualizada, permaneciendo al mismo tiempo libidinal en la fuente y en la satisfacción?"¹⁹.

La respuesta a esta última cuestión va en la línea de la intervención del yo. Gracias, en último término, a la libertad y en la perspectiva del amor, la persona se autotrasciende. Y así consigue desplegar la libido o energía del impulso sexual en actividades que ya no son propiamente sexuales. Sin embargo, como veremos con más detalle en el capítulo cuarto, han de ser actividades que tengan una *relación interna* con el impulso sexual.

¹⁶ J. Nuttin, *Psicoanálisis y concepción espiritualista del hombre*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1956, p. 78. Cf. Ch. Baudouin, *Aspects concrets et théoriques de la sublimation*, en AA. VV. *Mystique et Continence*, Brujas, Etudes Carmélitaines en Desclée de Brouwer, 1952, pp. 220-236.

¹⁷ Me parece que la sublimación es presentada sin una relación interna con la sexualidad, de forma que intervenga directamente el yo, en el artículo de J. M. Palacios, *El proceso psíquico de la sublimación en la vivencia de la virginidad*, en *Vida Religiosa* 47 (1979): 392-402.

¹⁸ Cf. la publicación íntegra de la investigación que en este artículo presento en forma de resumen: L. J. González, *Experiencia de Dios y celibato creativo* (Tesis de Doctorado), Roma, Teresianum, 1979, pp. 86-89.

¹⁹ A. Vergote, *Dette et désir*, París, Seuil, 1978, p. 211.

Una de esas actividades es *la creatividad*. En realidad, es éste uno de los rasgos más esenciales de la sexualidad. Y no es una actividad propiamente tal, sino un modo específico de realizar nuestras actividades.

Asumo la creatividad como una relación profunda y dialogal entre la propia experiencia personal y la experiencia de los otros-en-el-mundo. Y esta relación ha de manifestarse en forma de un proceso interior que genera experiencias e ideas nuevas y/o en forma de un producto que responde con novedad y eficacia a la novedad de los problemas cotidianos.

Concebida así, la creatividad presenta conexiones muy vivas con la sexualidad. De ahí, a la luz de mi experiencia personal y de mi trabajo de orientación terapéutica, deduzco que la creatividad puede consumir buena parte de las energías del impulso sexual. Esto vale, sobre todo, para los individuos que logran sublimar y no sólo reprimen su sexualidad²⁰.

Hasta el presente, he descubierto las siguientes conexiones entre sexualidad y creatividad.

En primer lugar, tanto la sexualidad como la creatividad se orientan a la creación de *un nuevo producto*. En este sentido, es patente que la sexualidad es creadora por su misma naturaleza. Y por ello, cuando producimos una obra nueva —una palabra oportuna, una solución adecuada, una amistad profunda, etc.— realizamos el rasgo creativo de la sexualidad.

En segundo lugar, la sexualidad y la creatividad ponen en juego *la totalidad de la persona*. El cuerpo, en cuanto parte integrante de la experiencia personal, interviene en la creatividad. Lo mismo vale para los sentimientos, pensamientos y conductas externas. Sin todos estos fenómenos personales no hay creatividad ni sexualidad. Y en este aspecto se asemejan la una y la otra.

La sexualidad y la creatividad producen *un efecto placentero*. La diferencia está en que la sexualidad, si no va acompañada de amor, se reduce a puro placer sensible. Pero, vinculada al amor, alcanza las cimas de la alegría, igual que la creatividad.

Por último, tanto la sexualidad como la creatividad se concretizan como *relación*, como encuentro y diálogo. Según veremos, la sexualidad, lo mismo que la creatividad, es profundamente relacional.

En efecto, la sexualidad es caracterizada por la *relacionalidad*. En sus aspectos de genitalidad, afecto y amor, la sexualidad dice relación al sexo opuesto y, en concreto, a la persona amada.

Tanto en la dimensión corporal como en la dimensión espiritual del hombre, la sexualidad se demuestra relacional.

El hecho de la excitación sexual, con la presencia más abundante de la sangre en los pezones de la mujer y en los órganos genitales de ambos, aparece como un alargamiento del cuerpo. Como si éste quisiera indicar con viva plasticidad que hay que salir de sí, ir hacia el otro y entregarse a él, para realizar la sexualidad.

²⁰ P. Matussek, *La creatividad*, Barcelona, Herder, 1977, pp. 111-130.

También la dimensión espiritual otorga a la sexualidad humana el rasgo de la relacionalidad.

“El hombre es imagen de Dios *en el nivel más profundo de su ser*, allá donde él es ‘uno’: carne y espíritu unificados, en el centro más personal. Lo que hay de característico del ser humano, en esta profundidad, es la relacionalidad: el hombre es relacional, él es ‘para el otro’ igual que es ‘por el otro’. En ésto él es imagen de Dios: el ser humano es ‘relación’ como Dios es pura relacionalidad. La sexualidad humana participa entonces plenamente de la imagen: ella me define como imagen de Dios, en cuanto que ella es el signo visible, la expresión externa de aquello que yo soy constitutivamente —en mi centro más personal— relacional”²¹.

Vistos estos rasgos de la sexualidad, es posible precisar el sentido del término *energía*, que yo he aplicado a la sexualidad. Se trata de una hipótesis surgida en el psicoanálisis. Hasta el momento no es posible demostrar en forma científica su naturaleza²². Sólo podemos comprobar los efectos de su presencia o ausencia²³.

Me adhiero al punto de vista de Lowen, fundador de la terapia *bioenergética*, y considero que hay en el hombre energía vital. Por ella se produce el movimiento interno típico de la vida. En consecuencia, los seres humanos nos movemos desde dentro, buscamos la comunicación con el mundo y con nuestros congéneres, para satisfacer nuestras necesidades. Una de estas es la tendencia sexual. Ella, como dije, está al servicio de la vida. Pero, también está marcada por las características de la persona humana²⁴.

Por lo mismo, la sexualidad humana no es un impulso ciego e irresistible. Sobre todo porque dice relación a los demás, puede ser socializada mediante la libertad personal que sublima.

En este contexto, la energía vital, que se acumula abundantemente en torno a la capacidad reproductora, no es de naturaleza estrictamente biológica. Lo biológico en ella es un sustrato que se alarga con características humanas y personales.

En resumen, porque la energía de la sexualidad es biológico-humana, puede ser asumida por la persona, con miras a la sublimación, a la creatividad y a las relaciones con los demás. De estas relaciones hay que destacar la del amor, que abre la perspectiva de lo trascendente.

2. El Amor

El amor no es un rasgo más de la sexualidad. Tampoco es reducible a ella. Antes me pareció comparable al corazón de un organismo. Ahora veo que se asemeja más al alma de un ser humano en relación con el cuerpo. Aunque ambos forman una unidad sustancial, se distinguen en sus propiedades.

²¹ G. Durand, *Sexualité et foi*, o.c., p. 114.

²² A. Lowen, *Depression and the body*, New York, Penguin, 1976, p. 293.

²³ *Ib.*, pp. 291-292.

²⁴ Cf. la síntesis de A. Lowen, *Bioenergética*, México, Diana, 1979.

Así, la sexualidad sin amor no se realiza humanamente en plenitud. Y el amor, que en teoría se distingue por su naturaleza espiritual, requiere en el hombre el sustrato biológico-corporal de la sexualidad. El hombre no es puro espíritu, así como tampoco es puro cuerpo.

De entrada vemos que el amor no puede ser definido ni delimitado como un objeto. Es un misterio que desborda el campo de la investigación psicológica y de la total comprensión humana. Por lo mismo, sólo intentaré un *acercamiento* respetuoso al amor. Pero, antes conviene distinguir el amor de *algunos fenómenos afectivos* que sólo le están emparentados. Más adelante recordaré las distintas *formas del amor*.

El amor no es un *contagio afectivo*, porque nace de la libertad de quien ama. En cambio, en el contagio se padece el desbordamiento emocional del otro ser humano, al punto de permitir que nos inunde con su rabia, su tristeza, su dolor, su entusiasmo, etc.

Tampoco es un simple *sentir-con-el-otro*, porque atiende a la persona como a un tú único, irrepetible y valioso. Mientras que al sentir con el otro, estamos vibrando ante el mismo evento que embarga a ambos con la misma emoción, sin que exista una relación interpersonal entre ambos. Por ejemplo, el triunfo de nuestro equipo nos llena de júbilo, sin que produzca una relación de tú a tú.

El amor no se puede confundir con el *deseo*, porque no es egocéntrico como éste, sino alocéntrico o centrífugo. Ni siquiera se le puede reducir a simple *estimación*. Porque no se limita al horizonte de las cualidades y talentos del otro. Más bien, penetra hasta el centro del que brota todo el valor y dignidad de la persona amada. Así que tampoco se puede equiparar con la *simpatía*. Ésta no brota de la libertad personal, sino que es despertada por los valores y sentimientos positivos del otro. La persona simpática nos jala afectivamente como hace el imán con la aguja.

Aunque el amor a una persona del sexo opuesto suele despertar el *enamoramiento* y se acompaña de él, no puede, sin embargo, confundirse con él. Porque el enamoramiento tiende a fijarse en una cualidad muy específica del otro, no logra abarcar a la persona total, ni consigue prescindir de cierta ceguera y del impulso a las relaciones sexuales. Y porque se fija en algo muy concreto, el enamoramiento se repetirá siempre que aparezca la misma cualidad en otras personas.

En cambio, un *acercamiento* reverente al amor, nos descubrirá que nos encontramos ante una relación tan profunda, que no se puede repetir con facilidad.

La dinámica del amor no sólo es *centrífuga*, es decir, no se limita a sacarnos de los límites estrechos del yo, sino que nos hace penetrar en *el centro más profundo* del otro. Así, amando al otro, logramos que él reconozca y acepte los rasgos positivos, valiosos y originales del corazón de su ser. De esta manera va a nacer psicológicamente²⁵. Y entonces se puede decir que el amor *crea al amado*.

La creatividad del amor, que consigue que el otro se convierta en persona, es la característica más peculiar del amor. Alguno afirma sim-

²⁵ C. W. Baars, *Born only once*, Chicago, Franciscan Herald Press, 1975, pp. 15-28.

plemente que "amar es vivificación perenne, creación y conservación *intencional* de lo amado"²⁶. Otros explican un poco el *por qué* y el *cómo* crea el amor al amado.

"Amor es el único camino para tocar el más profundo centro de la personalidad del otro ser humano. Ninguno puede estar plenamente consciente de la verdadera esencia del otro ser humano a menos que lo ame. Por el acto espiritual del amor él está capacitado para mirar los rasgos y facciones esenciales de la persona amada; aún más, él descubre lo que es potencial en ella, lo que todavía no está actualizado pero que ya debe ser actualizado. Más todavía, con su amor, la persona amante hace capaz a la persona amada de actualizar esas potencialidades. Haciéndola consciente de lo que puede ser y de aquello que puede lograr, consigue que esas potencialidades sean un hecho"²⁷.

Maslow, fundador de la psicología humanística, hace eco a estas palabras cuando describe el amor-Ser. Así llama él la forma de amar que caracteriza a las personas maduras.

"Finalmente, puedo decir que el amor-Ser, en un sentido profundo pero demostrable, crea al amado. Le da una imagen auténtica de sí le da autoaceptación, un sentimiento de ser merecedor de amor y respeto, todo lo cual le permite crecer. Es una pregunta justificada la de si el desarrollo completo de un ser humano es posible sin él"²⁸.

La creación del otro, en cuanto persona, suele ocurrir a través de vertientes diversas. En efecto, el amor se realiza de diferentes maneras. Por eso hay que hablar de las formas del amor.

El psicoanalista alemán, E. Fromm, distingue seis formas diferentes del amor. Tienen el sustrato común de la creatividad, pero también poseen rasgos peculiares que las distinguen²⁹. Transcribo el nombre de cada una de estas formas, y añado alguna de sus características.

- 1) *Amor materno*: se caracteriza porque tiende a ser incondicional.
- 2) *Amor paterno*: suele ser condicional.
- 3) *Fraterno*: no se refiere al amor de hermanos exclusivamente, sino al amor humano en general; implica, por tanto, la capacidad de amar a cualquier persona. Va en la línea de la amistad.
- 4) *Erótico*: entre hombre y mujer, es exclusivista y se orienta a las relaciones sexuales y al matrimonio.
- 5) *Amor a sí mismo*: es indicador de que se ha aprendido el arte de amar y de que se sabe tratar al propio yo, igual que a cualquier otro ser humano, con respeto y creatividad.
- 6) *Amor a Dios*: tiene los rasgos de la entrega absoluta e incondicional a un Ser que no podemos objetivizar ni imaginar a la medida de nuestros deseos.

²⁶ Ortega y Gasset, *Estudios sobre el amor*, Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1966, p. 75.

²⁷ V. E. Frankl, *Man's search for meaning*, New York, Washington Square Press, 1971, pp. 176-177.

²⁸ A. H. Maslow, *Toward a Psychology of Being*, New York, D. Van Nostrand Company, 1968, p. 43.

²⁹ E. Fromm, *The art of loving*, New York, Bantam, 1970, pp. 32-69. —Existe una traducción al castellano por la Ed. Paidós—.

En otros años, no muy lejanos, se propalaba la opinión de que las religiosas y los sacerdotes necesitaban una experiencia de *amor erótico* para poder amar a Dios. Claro que, según se precisaba, esa experiencia no debía llegar a las relaciones sexuales completas. Fuera de esto, todo lo demás estaría permitido.

A mí me convence más el punto de vista de psicólogos y pensadores que ponen el acento en el *amor fraterno*. Porque el aprendizaje del arte de amar, como capacidad de facilitar el crecimiento del otro como persona, está a la base de cualquier forma de amor. El que aprendió a amar, será capaz de ser un esposo amante, un padre cariñoso o un sacerdote afectuoso y creativo, según sea su opción.

Si fuera cierto que las religiosas y sacerdotes necesitan un *amiguito* o *amiguita* —en la línea del amor erótico— para aprender a amar, entonces todos los casados serían grandes amantes. Lo cual, por desgracia, no ocurre de hecho en la vida cotidiana. O sea, que el aprendizaje del amor y el logro de la capacidad efectiva para amar, debería ser un objetivo previo a la elección de cualquier forma de amor.

Por otro lado, cuando se trata del *amor erótico*, parece indispensable que el ejercicio de la sexualidad en la intimidad conyugal se acompañe de amor verdadero.

A principios de siglo, Freud recordaba que el acto sexual hecho sin ternura, sin amor, no satisface a los esposos en plenitud³⁰.

Además, sólo el amor completa la esencia creadora de la sexualidad. Esta no puede limitarse a la simple procreación de los hijos. Tiene que llevar a término su obra, consiguiendo que los hijos se conviertan en personas. Y para alcanzar esta meta creadora necesita la ayuda del amor.

3. *Experiencia Trascendente en el Amor*

Si la sexualidad se realiza en unión con el amor, entonces puede abrir la perspectiva de lo eterno, de lo trascendente, de lo absoluto.

Esto se debe a que la sexualidad participa también, en el caso del hombre, del ser imagen de Dios. La espiritualidad del hombre logra prolongar los alcances del impulso sexual, cuando interviene el amor, hasta el dintel mismo de lo Sagrado. Gracias al amor, la sexualidad se espiritualiza en cuanto acto verdaderamente humano.

“Espíritu significa, en el hombre, comunicación y trascendencia, y posibilidad de participar en lo que se halla más allá del individuo y su interés inmediato”³¹.

En efecto, al amar, la persona se autotrasciende. Y en el proceso de autodonación al otro, a través del amor, llega a vivir la experiencia del encuentro con lo trascendente. Los esposos, cuando saben entregarse

³⁰ S. Freud, *Sobre una degradación general de la vida erótica*, en sus *Obras Completas* II, o.c., pp. 1710-1717.

³¹ P. H. Lersch, *La estructura de la personalidad*, Barcelona, Scientia, 19-68, p. 109.

con amor, pueden lograr la *experiencia cimera* descrita por Maslow. Esta experiencia es valiosa en sí misma. Y el objeto que la proporciona es percibido como algo absoluto. Puede ser la naturaleza, la verdad, la persona del amigo, alguna expresión artística, etc. La relación con ese objeto es vivida en la admiración, el asombro y la alegría desbordante. Y produce los efectos de eliminar la tensión, el control rígido, la falta de sentido de la vida.

Se trata, en realidad, de una experiencia correspondiente a lo que antaño era descrito como *éxtasis*. Sólo que en este contexto no se trata de un hecho estrictamente religioso. Sin embargo, en cierta forma, el acto conyugal, —debido a la presencia del amor—, puede concluir en el comienzo de la trascendencia, en el dintel de lo religioso.

De hecho, la terapia bioenergética ha comprobado que sólo el amor produce un orgasmo verdadero en los esposos.

“Cuando el sentimiento de amor al propio compañero es potente, la experiencia sexual es intensa y alcanza un nivel de excitación que hace del climax u orgasmo un acontecimiento extático”³².

Sin el amor no es posible que el acto conyugal alcance esa elevación extática. Por otro lado, no se trata, por lo menos en la bioenergética, de convertir el orgasmo en la meta última de la vida.

“Yo no quiero crear una mística del orgasmo, aunque yo creo que esta función es críticamente importante. El no es el único camino para relajar la tensión, ni debería ser usado conscientemente con este propósito... Todo lo que yo estoy defendiendo es que el orgasmo completo es más placentero; tanto, que puede alcanzar la altura del éxtasis”³³.

Llegando a este punto, urge precisar bien algunos aspectos. Ante todo, no hay que confundir el orgasmo con el éxtasis. Este representa una experiencia de profunda autotranscendencia. La cual es tanto mayor, cuando el objeto que la produce coincide con el absolutamente trascendente o el totalmente otro. Por ello, las prácticas religiosas pueden generar la experiencia cimera o éxtasis.

Pero, no sólo se dispone el hombre para recibir el don gratuito del éxtasis a través de las prácticas religiosas. También lo puede hacer mediante el acto de contemplar un paisaje, escuchando música, entregándose al servicio de los enfermos o mediante la entrega amorosa al cónyuge³⁴.

Por tanto, a la luz de las investigaciones de Maslow y de sus seguidores³⁵, no debemos caer en el error de algunos psicoanalistas. Por ejemplo, M. Bonaparte reduce los éxtasis religiosos a una experiencia

³² A. Lowen, *Bioenergética*, o.c., p. 82.

³³ *Ib.*, pp. 234-235.

³⁴ P. Bindrim, *Facilitating Peak-Experiences*, en H. A. Otto & J. Mann (Eds.) *Ways of Growth*, New York, The Viking Press, 1971, pp. 115-127.

³⁵ J. Rowan, *Ordinary ecstasy, humanistic psychology in action*, London, Routledge and Kegan Paul, 1976, p. 13.

venérea³⁶. En su perspectiva psicoanalítica es lógica, si no acepta otra motivación del comportamiento humano más que la sexual.

En cambio, en la perspectiva de la psicología humanística, las conductas humanas se explican por diversas motivaciones. Y así también, el acceso a las experiencias cimeras es múltiple: oración, servicio al pobre, admiración de la belleza, contacto con la vida en la naturaleza, amor al cónyuge, etc.

En cualquiera de estas actividades está presente el amor. Puede ser el amor al mundo, al prójimo o a Dios. Así que en definitiva, el secreto para alcanzar la experiencia cimera no es la actividad en sí, sino la actitud de amor con que realizamos ciertas actividades.

La actividad sexual de los esposos se convierte en una experiencia diferente a través del amor. Mediante la entrega amorosa, el placer sexual —igual que la persona total— se trasciende y llega a asomarse al dintel de lo trascendente o de lo Sagrado.

Así comprobamos que la sexualidad, unida al amor, participa de la dignidad que al hombre le viene de ser imagen de Dios. Pero, también se manifiesta así la ambivalencia de la sexualidad. Ella puede apoyar con su impulso la trascendencia del hombre. Y al mismo tiempo, puede encadenarlo hasta convertirlo en un esclavo del placer.

III. Integración Sexual, Celibato y Experiencia de Dios

Ahora quisiera transmitir mi experiencia como célibe cristiano, como sacerdote y como orientador espiritual y terapéutico. Es una experiencia sencilla, que puedo reducir a un encuentro interpersonal. Yo la enuncio en estos términos: si el cristiano acoge la gracia del encuentro experiencial con Dios, por medio de Jesucristo, está en camino de integrar su sexualidad. Y en base a semejante integración, que pone el impulso sexual en manos de la libertad personal, es altamente probable que el celibato cristiano sea vivido —siempre con la gracia divina— en forma creativa y placentera.

He tratado de encerrar esta experiencia en los marcos de la teología espiritual. Esta, como es sabido, se ocupa también del estudio de la Revelación cristiana. Pero, mientras que la teología dogmática nos describe y explica los hechos y dichos de la Revelación, la teología espiritual enfoca la experiencia que los cristianos concretos tienen de tales hechos y dichos. Tampoco se limita la teología espiritual a entresacar los principios prácticos de comportamiento que se desprenden de la Revelación. Esta tarea pertenece preferentemente a la teología moral.

La teología espiritual estudia, pues, la Revelación desde el ángulo de la vida. O mejor, se ocupa de la Revelación cristiana hecha experiencia en la vida de los creyentes.

Para mí resulta capital, para el manejo cristiano de la sexualidad, que el cristiano tenga una experiencia de Dios en su vida cotidiana. Por lo menos esto es lo que yo he descubierto en mi experiencia.

³⁶ Citada en G. Parcheminey, *Hypothèses psychologiques*, en AA. VV., *Mystique et Continence*, o.c., pp. 238-239.

Ya que vengo hablando de la Revelación, quiero precisar que yo la entiendo en los términos personalistas que el Concilio Vaticano II emplea para describirla.

“Quiso Dios, en su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (cf. Ef 1, 9): por Cristo, la Palabra hecha carne, y en el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de su naturaleza divina (cf. Ef 2, 18; 2 Ped 1, 4). Por esta revelación, Dios invisible (cf. Col 1, 15; 1 Tim 1, 17), movido de amor, habla a los hombres como a amigos (cf. Ex 33, 11; Jn 15, 14-15), trata con ellos (cf. Bar 3, 38) para invitarlos y recibirlos en su compañía”³⁷.

Por tanto, la experiencia de Dios capaz de nutrir el proyecto celibatario del cristiano, será una realización vivencial de la Revelación. No se pide nada especial. Es un ejercicio vivo de fe y amor, que permiten acoger la autorrevelación y la autodonación de Dios por Jesucristo.

Este capítulo consta de tres puntos. El primero es una insistencia en el aspecto interpersonal de la decisión de vivir sexualmente según el ejemplo de Cristo. Por eso lo llamo *celibato y relación personal con Cristo*. El segundo punto establece la correlación entre *integración sexual y comunión con Dios*. Y el tercero señala los puntos de contacto entre *experiencia de Dios y creatividad celibataria*.

1. *Celibato y Relación Personal con Cristo*

Cualquier cristiano, sexualmente normal, sabe por experiencia que el manejo de la sexualidad según el ejemplo de Cristo, es muy cuasarrriba. Incluso los ya casados, con todo y hacer uso de las expresiones sexuales del amor, padecen frecuentes tentaciones contra el *sexto*.

Es obvio que los jóvenes que aún no se casan, los viudos, los divorciados y también los sacerdotes, religiosas y laicos consagrados, viven tensiones muy fuertes para sublimar su impulso sexual. El celibato cristiano es un arte muy difícil. Apropiarse la sexualidad personal, integrarla y sublimarla, es el resultado de un lento y muy largo proceso existencial.

Este proceso sólo resulta posible para la mayoría en el contexto de las relaciones teologales, de tú a tú, con Cristo. Por amor a El, en cuanto hermano y amigo, puede ser factible que el cristiano integre y sublime su propia sexualidad.

Cuando alguien está enamorado, es capaz de los mayores sufrimientos y de las acciones más extraordinarias y creativas, por amor a su amada. Algo semejante es lo que ocurre a los cristianos. Por amor a Cristo son capaces de un comportamiento sexual que a muchos psicoanalistas y psiquiatras suena a locura, represión o inhibición.

En efecto, en una época de erotismo comercializado, se requiere algo más que fuerza de voluntad para comportarse sexualmente según el ejemplo de Cristo. Se requiere una vocación. Así que hablaré de *experiencia*

³⁷ Vaticano II, DV 2.

de Cristo y vocación. Luego describiré la *actualización celibataria del misterio pascual.*

A. *Experiencia de Cristo y vocación.* Sólo una persona viva, como es Cristo resucitado, puede lanzar un llamado y despertar una vocación. Sólo Cristo, a través de la Iglesia, puede llamar al celibato. Sólo Cristo, en un contexto de amistad y de amor, puede suscitar la vocación al celibato en todos los cristianos que, por el motivo que sea, no están unidos por el matrimonio con una persona del sexo opuesto.

Fuera de una relación afectuosa y llena de amor entre el creyente y Jesucristo, es casi imposible el celibato cristiano. Esto vale, de manera especial, para los jóvenes, los divorciados y ciertos solterones. Una norma fría, como la del sexto mandamiento, sacada del contexto de una experiencia viva del amor de Cristo, no llega a engendrar los frutos positivos y creadores del celibato cristiano. Tal vez se llegue a lograr una continencia libre de pecados y desbordamientos sexuales. Pero, el celibato no se queda en los límites negativo de la continencia sexual. La supone para lanzar al cristiano a las tareas creativas del amor.

A veces, algunos predicadores y confesores parecen olvidar el contexto interpersonal del celibato cristiano. Y al reducirlo a una norma moral, eliminan la persona de Cristo, que es el secreto afectivo y efectivo del comportamiento sexual de los laicos no casados, de los religiosos y de los sacerdotes.

Apoyo esta afirmación en la vida y en la doctrina de la Iglesia. Respecto al argumento de vida, tengo muy vivo en la memoria el caso de una religiosa. Antes de que ella hiciera sus votos perpetuos se le presentó una buena oportunidad matrimonial. Preveía un futuro prometedor para la realización de una relación en la línea del amor erótico. Experimentaba el anhelo profundo de llegar a ser madre.

A pesar de todo el atractivo de la posibilidad concreta de realizarse como mujer y como madre, seguía sintiendo el llamado de Cristo. Y no porque Cristo le cerrara el camino del matrimonio. Al contrario, veía con claridad que Cristo le había dado primero la vocación al matrimonio. Pero, ahora le mostraba los dos caminos, el del matrimonio y el de la consagración total a Dios y a los hermanos. Sin embargo, explicaba que Cristo la invitaba preferentemente a la vida consagrada.

En estas circunstancias, a precio de sangre y con dolor mortal, dejó ir a quien le brindaba matrimonio, dentro de una perspectiva de santificación cristiana y de realización humana. Pero, optó libremente por Cristo. Y así es factible una verdadera sublimación sexual. Entonces puede ser desplegada la creatividad del amor, pues por amor renunció al amor.

Por otro lado, el Concilio Vaticano II coloca el celibato consagrado en el ámbito de las relaciones del cristiano con las Personas divinas. Durante el Concilio no se hablaba aún del celibato de los laicos. Por tanto, yo hago extensivo lo referente al celibato sacerdotal y al voto de castidad de los religiosos a los laicos cristianos.

Para empezar, recordemos que el Padre nos acerca a Cristo³⁸. Por tanto, el Padre es el origen y la meta de la vocación cristiana con sus especificaciones en el sacerdocio, en la vida religiosa y en el laicado.

Por lo que respecta al celibato, el Concilio invita a los presbíteros a que "reconozcan ese preclaro don, que les ha sido hecho por el Padre"³⁹. Y el objetivo del celibato va en la línea de la sublimación. Pues, a través del celibato, se busca el amor e identificación con Cristo⁴⁰, y el amor y servicio a los hermanos⁴¹.

Sin la fuerza del Espíritu de Cristo, no es posible vivir el celibato ni siquiera en el sacerdocio o en la vida religiosa, menos aún en el mundo erotizado en el que los laicos cristianos deben sumergirse como fermento espiritual. Es necesario contar con "la potencia infinita del Espíritu Santo"⁴².

El Espíritu Santo no se limita a cuidar al cristiano de que caiga en pecados o desbordamientos sexuales. Aparte de eso, asume la tarea de reconstruir el ser de los creyentes. Esa reconstrucción consiste en la participación viva, libre y amorosa en el misterio pascual de Cristo.

B. *Actualización celibataria del misterio pascual.* Todo cristiano, desde el momento del bautismo, ha sido injertado en el misterio de Cristo. Y al ser bautizado recibe un germen de muerte y de resurrección en Jesucristo. Sin embargo, hay que actualizar el misterio pascual, es necesario que la potencialidad para morir y resucitar con Cristo se convierta en acto.

Esto vale, de manera particular para quienes proyectan vivir el celibato. Los laicos hacen un proyecto temporal, es decir, pretenden vivir el celibato mientras llegan al matrimonio, o una vez que enviudaron. Los religiosos y los sacerdotes asumen, en la medida de lo posible, un proyecto definitivo, que sólo terminará con la muerte.

La dimensión sexual del cristiano, mucho más que otros aspectos personales, se presta para hacer la experiencia de morir y resucitar con Cristo.

Por su estrecha ligazón con el amor, la sexualidad con todo su potencial energético, debiera ponerse al servicio del amor. Por lo mismo, la persona tendría que aprovechar toda la riqueza de la sexualidad para oponerse al pecado, que es la negación del amor.

La lucha contra el pecado es la primera etapa del morir con Cristo. Y es claro que al proyectar una vida célibe, el cristiano no se limitará a combatir los pecados personales, comunitarios y sociales contra la justicia. También evitará los pecados sexuales, incluso cuando el acto sexual podría ser una expresión de amor al novio o a la novia, con quien se va a casar.

³⁸ Jn 6, 44; Cf. Vaticano II, LG 47; PO 3, 11; OT 2.

³⁹ Vaticano II, PO 16; Cf. OT 10.

⁴⁰ Ib., PO 16.

⁴¹ Ib., PC 12; PO 16.

⁴² Ib., LG 44; Cf. OT 10; PC 1.

Dejar de satisfacer el impulso sexual, sobre todo cuando podría ser una manifestación de amor a la amada, conlleva una fuerte renuncia, un dolor profundo y hasta cierto sabor a muerte. Por tanto, el morir con Cristo se va convirtiendo en un hecho vivo y real.

Otra etapa de ese morir con Cristo se refiere a la superación de los desbordamientos sexuales y de todos los condicionamientos psicológicos que, sin ser pecados, obstaculizan la realización del amor. Pero, esos obstáculos son con frecuencia inconscientes. Por eso, Dios tiene que intervenir en la estructura personal y en la vida del cristiano, mediante la fuerza y la acción de su Espíritu. Entonces ocurre aquel proceso que San Juan de la Cruz denomina *noche oscura*⁴³.

Este proceso de purificación, según el mismo santo, logra una integración sexual⁴⁴. Antes de entrar en la noche oscura pueden surgir ciertas reacciones sexuales durante la comunión eucarística o en medio de otras actividades espirituales. Pero después de esa noche oscura cesan semejantes reacciones.

San Juan de la Cruz no explica cómo ocurre la integración sexual durante el proceso purificador de la noche. Sin embargo, afirma el hecho. Además, nos aclara que la noche engendra una capacidad de amor total a Dios y al prójimo.

Con estos datos podemos deducir cómo ocurre la integración sexual en quien muere con Cristo. Si se trata de morir al pecado y a lo que impide el amor, entonces hay que abrir paso al arte de amar. También se puede afirmar que para abrir por completo el corazón, no basta con un acto de libertad. Es necesario recoger, lo más que sea posible, las fuerzas del impulso sexual. Así, al amar con todo el corazón y con todas las fuerzas, se consigue integrar y sublimar la propia sexualidad.

En la vida afectiva de los cristianos suele presentarse una oportunidad para vivir una muerte muy terrible. No digo que siempre tenga un sentido espiritual de unión con Cristo. Pero, en muchos casos puede tener como móvil el amor al prójimo y a Cristo.

Me refiero a quienes, por fidelidad a sus creencias cristianas, tienen que separarse de la persona amada o, por lo menos, renunciar a la posibilidad del matrimonio. Puede ser el caso de la chica que se enamora de un casado. También puede ser la religiosa o el sacerdote que, por motivos de trabajo, estudio u otra actividad, convive con una persona del sexo opuesto. Y un buen día descubre que la ama con todo su ser.

Separarse de la persona a la que se ama con todo el corazón, supone un desgarramiento mortal. Yo lo sé por experiencia y también por un estudio del psicoanalista I. Caruso⁴⁵. De veras es tan semejante a la muerte el dolor producido por la separación del ser amado, que algunos optan por el suicidio. Otros caen en una muerte psicológica al refugiarse en la locura o al levantar mecanismos de defensa —como el odio proyectado contra la persona amada—, que impiden una vida normal.

⁴³ S. Juan de la Cruz, *Noche oscura*, libros I y II.

⁴⁴ S. Juan de la Cruz, *I Noche oscura* 4, 1-8.

⁴⁵ I. A. Caruso, *La separación de los amantes*, México, Siglo XXI, 1977.

Pero, cuando semejante dolor es asumido por amor a Cristo, aunque sea con fuertes intentos de rebelión, se produce un adelanto del morir real y una profunda identificación con el Cristo que ama hasta morir por amor...

De esta manera se abre el horizonte luminoso de la resurrección. En la medida en que el cristiano muere con Cristo, resucita también con El a una capacidad efectiva para amar con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas⁴⁶. También empieza a disfrutar de una alegría que no puede compararse con ninguno de los placeres o goces de este mundo. Sólo es comparable con los deleites de la otra vida.

"Y así, estando esta alma tan cerca de Dios, que está transformada en llama de amor, en que se le comunica el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, ¿qué increíble cosa se dice que guste un rastro de vida eterna?; aunque no perfectamente, porque no lo lleva la condición de esta vida. Mas es tan subido el deleite que aquel llamear del Espíritu Santo hace en ella, que la hace saber a qué sabe la vida eterna"⁴⁷.

2. Integración Sexual y Comunión con Dios

Para que ese proceso de morir y resucitar con Cristo sea realista y efectivo, es necesario que el cristiano viva el amor en su perspectiva horizontal y vertical. La perspectiva horizontal del amor se refiere al compromiso con el prójimo. Y la vertical alude, de manera particular, a la oración.

En el último capítulo voy a dedicar una buena parte al amor del prójimo. Porque el amor al prójimo pone en actividad la dimensión creativa de la sexualidad, aparece como la forma más concreta de sublimación cristiana. Y en vista de que más tarde hablaré sobre el asunto, reduzco mis consideraciones, dentro de este punto, a la oración.

Ya vimos que según el Vaticano II, por la revelación, "*Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como a amigos y trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía*". Y resulta que Santa Teresa describe la oración, precisamente, como un trato amistoso con Dios.

"Que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama"⁴⁸.

En tiempos más recientes Pablo VI insiste en el mismo punto de vista, aunque en términos diferentes.

"La Iglesia proclama la identidad de la oración con la caridad; Bossuet lo afirma: *'Es evidente que es únicamente la caridad la que ora'* (Serm., 1, 374). Orar es amar (cf. Bremond, *Phil. de la prière*, 21)"⁴⁹.

⁴⁶ Este es el punto de vista de S. Juan de La Cruz, 3 *Subida del Monte Carmelo* 16, 1.

⁴⁷ S. Juan de la Cruz, *Llana de amor viva* 1, 6.

⁴⁸ Sta. Teresa de Jesús, *Vida* 8, 5.

⁴⁹ Pablo VI, Audiencia general, 20-VIII-1966.

A la luz de estos textos comprendemos que la oración tiene múltiples facetas. Por un lado, realiza la autorrevelación de Dios, en cuanto que es acogido amistosamente por el cristiano. Por otro lado ejercita y desarrolla el amor con que el hombre responde a la autodonación de Dios. Además, dispone al creyente para que reciba el don de la contemplación. Esta representa una forma cualificada de experiencia de Dios.

Y es la experiencia contemplativa del amor y del deleite divinos uno de los objetivos principales del célibe cristiano. Porque entonces, a partir de esa experiencia pondrá en movimiento su afectividad con la doble dimensión de ésta: la biológico-corporal de la sexualidad y la autotranscendente-espiritual del amor. Pero, sobre todo, porque mediante la contemplación entrará en relación experiencial con el que es la Fuente eterna del amor.

Supuesto que la oración tiende, por su misma naturaleza, hacia la experiencia contemplativa de comunión con Dios, señalaré el paralelismo que existe entre ella y el proceso de integración sexual. Sin esa tendencia del que ora hacia la contemplación, no podría responsabilizarme de mis siguientes afirmaciones.

En el capítulo anterior recogí algunos rasgos esenciales de la sexualidad. Pues bien, varios de ellos están genéticamente emparentados con las actividades del orante. En realidad, de los rasgos mencionados habría que eliminar nada más el rasgo procreativo o genital de la sexualidad.

De hecho, para orar es necesario el sustrato de la energía vital. Una persona deprimida no tiene alientos para orar o para amar a Dios o al prójimo. Y la energía vital que se ha convertido en impulso sexual, se puede sublimar transformándose en amor. Y el amor conlleva los rasgos de la creatividad, relacionalidad y trascendencia de la sexualidad.

Porque al orar ponemos en juego el corazón, al amar a Dios y al experimentar su amor, realizamos un proceso muy directo y efectivo de sublimación sexual. La cual es imposible si antes no integramos la sexualidad. Pero, por el acto espiritual del amor, sea a Dios, sea al prójimo, recogemos la energía vital y las demás características de la sexualidad, excepto la genitalidad, con el efecto de tomar la sexualidad en manos de la propia libertad. Y esta es una forma innegable de integración sexual.

Pero, en el proceso de unión amorosa con Dios, por medio de la oración, lo más importante es la experiencia que el cristiano llega a tener del amor divino. Ya en los momentos concretos de lucha por comportarse sexualmente según el ejemplo de Cristo, esa experiencia de Dios es indispensable para muchos cristianos. Ante la promesa de placer y gozo propios de la sexualidad, surge el recuerdo o la vivencia actual del placer y de la alegría mayores, que se derivan del encuentro experiencial con Dios.

En esta situación de gozo y amor a Dios, sí es posible que los jóvenes novios dejen para el matrimonio la expresión sexual de su mutuo amor. Sólo pueden vencer el placer y el amor con un amor y un placer mayores. Aquí no valen ni los propósitos ni las lecturas hechas ni la opción fría y voluntarista por los valores evangélicos. Es necesaria

la experiencia viva del amor de Dios y de su alegría infinita para enfrentar los atractivos del amor erótico.

Lo mismo vale para los sacerdotes y religiosas. Podrán enfrentar los embates de su sexualidad, sin caer en la represión, con la fuerza estimulante de la experiencia de Dios. Conozco sacerdotes y religiosos que, tal vez sin una experiencia contemplativa de Dios, viven su celibato en plenitud. Pero otros caen por carecer de la experiencia del amor divino.

Así pues, la oración concebida y vivida como proceso existencial de amor a Dios, por medio de Cristo, resulta ser una condición indispensable para el celibato cristiano. Pero no como norma de ascesis. Es decir, no como una obligación fría que cae sobre las espaldas de los cristianos. Más bien, como una relación interpersonal. Sobre todo, como un ejercicio intenso y constante de amor a Dios. Y ya sabemos que el amor a Dios se concretiza fuera de la oración en el amor al prójimo. Y también sabemos que de este doble amor nace la alegría que supera el goce del placer sexual. Cristo lo declara así:

“Igual que mi Padre me amó os he amado yo. Manteneos en ese amor que os tengo, y para manteneros en mi amor cumplid mis mandamientos; también yo he cumplido los mandamientos del Padre y me mantengo en su amor.

Os dejo dicho esto para que compartáis mi alegría y así vuestra alegría sea total.

Este es el mandamiento mío: que os améis unos a otros como yo os he amado”⁵⁰.

Las más altas vetas de la oración abren el panorama de una alegría total, que se pierde en el horizonte ilimitado del amor al prójimo y a Dios⁵¹. Y por ello los santos integran y subliman de verdad su sexualidad. Entonces se entregan a amistades heterosexuales, tan profundas, que hasta se convierten en objeto de crítica. Sin embargo, no viven esas amistades, sino después de haber escalado las más altas cumbres de la unión amorosa con Dios.

Un ejemplo clásico es la amistad de Santa Juana Francisca de Chantal con San Francisco de Sales. Otro caso, muy sonado en su época, fue la amistad entre Santa Teresa y el padre Jerónimo Gracián⁵². Este refiere lo siguiente:

“Reprendiéndola yo un día porque me quería tanto y mostraba tanto regalo, me dijo muy riéndose: él no sabe que cualquier alma por perfecta que sea ha de tener un desaguadero; déjeme a mí tener este; que por más que me diga no pienso mudar de estilo que con él llevo”⁵³.

⁵⁰ Jn 15, 9-12.

⁵¹ Cf. S. Teresa de Jesús, *Siete Moradas de! Castillo Interior* 3, 3-15.

⁵² E. Gentili, *L'amore, l'amicizia e Dio*. Turín, Gribaudi, 1978, pp. 299-344 y 380-387.

⁵³ J. Gracián, en “Carmelo de la Cruz”, *Un manuscrito inédito del P. Gracián: Scholias y adiciones al libro de la vida de la Me. Theresa de Jesús*, en *El Monte Carmelo* 68 (1960) 124-125.

Esta libertad para amar es el fruto del saber morir con Cristo al pecado y al egoísmo. Y representa uno de los rasgos más evidentes de la participación en la resurrección de Jesucristo. Por otro lado, para quien observa desde la psicología, no se trata de un *erotismo desplazado*, sino de la *libido sublimada*⁵⁴.

3. Experiencia de Dios y Creatividad Celibataria

La sublimación de una sexualidad madura, integrada y disponible, hace que el cristiano disponga de un enorme caudal, que puede desplegarse en forma de creatividad. Además, porque el cristiano sublima su sexualidad a través del amor y por amor a Dios y al prójimo, está abriendo un cauce concreto a la creatividad del amor. Este, como sabemos, se orienta a la creación del otro como persona.

Por otra parte, el celibato nace —en los mejores cristianos— de un encuentro con Dios, por medio de Jesucristo. Por tanto, supone una relación con el Dios que crea y recrea al hombre por medio de Jesucristo. Y el encuentro con el Dios Creador del universo y del hombre hará que éste descubra su *tarea creadora*.

“Generalmente se olvida al hablar de la creación que, en fin de cuentas, éste es de todos los actos humanos el reflejo más directo de la Divinidad, a la cual, en toda concepción religiosa, cualquiera que ésta sea, compete siempre el papel de sumo hacedor, de creador de la existencia”⁵⁵.

En efecto, las narraciones bíblicas de la creación sugieren que Dios pone en manos del hombre la tarea, anterior al pecado, de prolongar la obra creadora de Dios.

Fiel a esta tarea, el hombre ha desarrollado la ciencia y la técnica. De esa manera, ha encontrado medios para curar las enfermedades, para vencer las distancias, para mejorar la producción de alimentos, para conquistar el espacio y las profundidades marinas, etc.

El célibe cristiano recibe una vocación especial a la creatividad. No porque tenga que convertirse en un científico o en un artista. No. Más bien se despliega ante sus ojos el horizonte de una creatividad centrada en la persona. Es la creatividad del amor.

“Dios crea a cada hombre por medio de otro hombre, y por eso cada hombre puede sentirse en cada momento frente a otro hombre como un co-creador: en el sentido más hondo de la palabra creación, con toda la espontaneidad y novedad que lleva consigo. Y del mismo modo, el hombre se siente en cada momento creado por Dios precisamente por medio de otro hombre. Esto vale especial y propiamente del proceso por el que el hombre se hace persona: me entiendo cada vez más, respondo cada vez más a la llamada creadora de Dios, que es algo básico para mí, cuando me entiendo en el amor a través de todas las relaciones personales que se constituyen de manera dialogal con los demás hombres. Y sólo puedo entenderme a mí mis-

⁵⁴ A. Vergote, *Dette et désir*, o.c., pp. 205-218.

⁵⁵ J. Rof Carballo, *Medicina y actividad creadora*, Madrid, Revista de Occidente, 1964, p. 61.

mo, tal como soy, a partir de ellas... De esa manera, todo diálogo entre hombres, todo regalo que ayuda al otro, toda existencia para los demás, es una participación en el acto creador de Dios. Así realizamos nosotros nuestra 'tarea creadora' en sentido activo"⁵⁶.

A la luz de mi experiencia, descubro que la tarea creadora del amor da o puede darle un sentido realista al celibato de los cristianos. No es simple renuncia al placer sexual o al desahogo de la tensión del impulso sexual. Es mucho más que eso. El celibato es acopio de energía, de disponibilidad, de apertura, de entrega y de creatividad amorosa. Todo esto en la conciencia de que se es co-creador del otro en unión con Dios.

Algún autor, refiriéndose al celibato de los sacerdotes, lamenta que la creatividad no sea valorada todavía en la preparación de los candidatos al sacerdocio. Y ofrece dos razones para valorarla. La primera consiste en que la creatividad es una manera de comprometerse, en serio y en profundidad, con los demás seres humanos.

"Una segunda razón para subrayar la creatividad, consiste en que su papel en la preparación de los hombres para la vida celibataria ha recibido una atención insuficiente, a pesar del hecho de que la creatividad ha gozado un status respetable en los círculos educativos. Con fines ilustrativos, consideremos las siguientes cuestiones: 1) ¿Qué prioridad le conceden los programas de selección psicológica a las capacidades creativas de los candidatos al sacerdocio? 2) ¿Qué tanto conocemos —o utilizamos lo que es conocido— acerca de cómo la creatividad está ligada a la sublimación del impulso sexual? 3) ¿Hasta qué punto los formadores de seminarios están satisfechos al apoyarse en los puntos de vista ya superados, que sostienen que los individuos creativos no pueden sobrevivir en los ambientes seminarísticos, que son causa de problemas para los superiores, y que la creatividad es en buena medida un producto de la herencia? Parece una ironía que nosotros que identificamos a Dios como Creador, y que creemos que el hombre ha sido creado a su imagen, podamos arreglarnos para preparar al celibato sacerdotal con tan poco énfasis en la identificación y estímulo de la creatividad. Los seminarios tienen que reconocer, sin embargo, valiéndose de la transcripción del currículum, que la creatividad del celibato es el recurso más efectivo para enfrentar las diarias presiones de la vida"⁵⁷.

El lector habrá imaginado ya que estas afirmaciones son aplicables también a los religiosos y a los seculares que buscan el celibato laical. Las relaciones teologales con las Personas divinas y la vivencia profunda del amor tienen que transformarse, para en el celibato cristiano, en expresiones concretas de su creatividad. De otra suerte corre el peligro de estarse engañando con actitudes represivas, bajo pretexto de sublimación.

En resumen, parece evidente que la experiencia de Dios es un elemento esencial del nacimiento, desarrollo y madurez del proceso de inte-

⁵⁶ Ch. Schütz - R. Sarach, *El hombre como persona*, en *Mysterium Salutis* II, II, Madrid, Cristiandad, 1969, p. 725.

⁵⁷ Ph. D. Crisantiello, *Psychosexual Maturity in Celibate Development*, en *Review for Religious* 37 (1978): 658-659.

gración y sublimación sexuales del laico, del religioso y del sacerdote. De manera especial porque engendra un amor vivo y las obras concretas de la creatividad.

IV. Creatividad del Célibe Cristiano

De los capítulos anteriores se desprende que no es asunto vivir el celibato cristiano. Es un arte. Hay que aprender un estilo de vida peculiar. Y de sobra es sabido que el mundo contemporáneo no ofrece el mejor ambiente para vivir el celibato temporal o definitivo de los cristianos.

En este ensayo me permito proponer la creatividad como el molde que puede dar forma al estilo de vida necesario para el celibato cristiano. Insisto en que no se trata de alcanzar los niveles más altos y geniales de creatividad. Es suficiente con el nivel más ínfimo. Este permite la expresión de lo que realmente se es y se piensa en el fondo de uno mismo. Lo cual puede ocurrir en las actividades más triviales de la vida diaria: el modo de hablar, de comportarse, de acercarse a los demás, de responder, de enfrentar los problemas cotidianos, de orar, de realizar el trabajo personal, de contar un chiste...

Pero, si la creatividad ha de ser un estilo de vida, es inevitable que las grandes áreas de la existencia estén marcadas por un comportamiento creativo. En consecuencia, las relaciones interpersonales, el trabajo, las relaciones con la naturaleza y el trato con Dios necesitan la impronta de la creatividad.

Claro que no es suficiente con un estilo creativo de vivir. Siempre resaltará en el trasfondo de la existencia el perfil tripersonal de Dios. Pero, dado que *la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona*, es de suponer que Dios espera el despliegue de todas nuestras energías y de todo nuestro ingenio a través de una existencia realmente creadora.

En este último capítulo abordo dos temas principales. El primero gira en torno a *la creatividad como estilo cristiano de vida*. El segundo es, por lo menos a nivel de intención, mucho más práctico que el anterior. Lleva el título de *creatividad cristiana en momentos de excitación sexual*.

1. La Creatividad como Estilo Cristiano de Vida

La creatividad no es patrimonio exclusivo de los cristianos que, por imitar a Jesucristo, viven el celibato. En realidad, todos los cristianos comprometidos vitalmente con su fe, deberían madurar como personas y como cristianos. Y de esta maduración vendría a desprenderse un impulso interno hacia la creatividad en todas las esferas de su vivir.

Sin embargo, supuesto que también los casados están llamados a una existencia creadora —baste recordar su obra de procreación y educación de la prole—, tenemos que reconocer que los célibes cristianos requieren con urgencia el desfogue de la creación cotidiana.

En concreto, el desarrollo de este tema implicará los puntos siguientes:

A. *La personalidad creativa.* Una persona creativa está dotada, ante todo, de lo que se llama el *pensamiento creador* o pensamiento divergente. Este supone, en primer lugar, la *fluidez de ideas*. Una tras otras se subsiguen las ideas acerca de cómo solucionar un problema. Como si hubiera en el sujeto un manantial inagotable de sugerencias y puntos de vista.

Además, la *flexibilidad* hace que las ideas pasen de un campo a otro con mayor rapidez y frecuencia. Pero, por otro lado, no son ideas vulgares, sino que están dotadas de mayor o menor *originalidad*. Por ello, la persona creativa posee la capacidad de ofrecer *definiciones nuevas* de lo ya conocido.

Otro rasgo de la persona creativa se refiere a un conjunto de cualidades afectivas y de relación con los demás y con el mundo.

En cuanto al primer aspecto, hay que reconocer que las personalidades creativas tienen gran *tolerancia de ambigüedad*. Es decir, logran enfrentar simultáneamente dos o más posibilidades contrapuestas de solución de un problema.

También poseen la capacidad de *escuchar su propia experiencia*. Porque están abiertas a su experiencia, consiguen percibir la solución que nace de la originalidad e irrepetibilidad de su ser personal. Pero, también *aceptan su propia experiencia* y confían en ella. Por eso se atreven a expresar la solución gestada en su centro más personal y compuesta por las sensaciones corporales, sentimientos e ideas que integran eso que llamamos experiencia.

Esto no significa que las personas creativas hacen de su experiencia interna un dogma. De ninguna manera. Dentro de la confianza en sí mismas mantienen un sano *sentido de autocrítica*. Aceptan otras soluciones y puntos de vista, si son mejores.

Por lo que respecta a las cualidades de relación con los demás y con el mundo, la más importante, tal vez, se refiere a la *sensibilidad ante los problemas*. Donde para otros no hay problema alguno, estas personas descubren los aspectos problemáticos o se representan como problemas lo que para otros no lo es. De esta manera empiezan a generar soluciones.

Pero, no basta con descubrir los problemas o la dimensión problemática de los hechos cotidianos. También hay que buscar la solución sugerida por la propia experiencia interna. Sobre todo, se requiere la llamada *capacidad de elaboración*. No basta con tener ideas excelentes. Es necesario ponerlas en obra, para verificar si ofrecen la solución adecuada.

Por último, se requiere un ambiente externo de *libertad*. También es importante que el grupo sepa comprender y aceptar la personalidad única e irrepetible de sus miembros. De otra manera acabará por sofocar la originalidad propia de cada uno. En este sentido, la evaluación de las ideas, experiencias y obras de los demás, resulta muy peligrosa para la creatividad. Incluso si la evaluación es positiva. Porque la persona

puede perder confianza en sí misma al depositarla en el punto de vista de los otros.

Irving A. Taylor distingue diferentes *niveles de creatividad*⁵⁸. El mínimo es el *expresivo*. Se refiere a la manifestación de la originalidad personal —nacida del modo único e irrepetible de ser— en lo que se dice y se hace.

El siguiente nivel es el *productivo*. En él se da forma concreta a las ideas, soluciones e inspiraciones que palpitan en la propia experiencia interna.

Viene después un nivel más alto, el *inventor*. Aquí son establecidas nuevas relaciones o combinaciones. El medio ambiente reacciona con sorpresa. Nadie esperaba ni se imaginaba semejante descubrimiento.

El nivel *innovador* supone un conocimiento más profundo de las conexiones e interrelaciones. Y de lo ya conocido se llega a reelaboraciones que abren nuevas perspectivas para la ciencia, el arte, la política, las relaciones humanas, etc.

Por último tenemos el nivel supremo de creatividad, que es el *emergente*. Este genera descubrimientos y resultados del todo sorprendentes e inesperados. Son muy pocos los que alcanzan este nivel. Por ejemplo, Marx, Freud, Plank, Einstein.

Es patente que la práctica del celibato cristiano requiere una creatividad mínima. Ya que el manejo de la sexualidad según el ejemplo de Cristo afecta, por lo menos mientras se accede al matrimonio, a todos los cristianos, hay que pensar en una creatividad entre los niveles *expresivo* y *productivo*. Y aún así, sabemos de sobra que ni siquiera los sacerdotes logran desplegar estos niveles ínfimos de creatividad.

Dentro de estos niveles sugiero un comportamiento creativo en las áreas que a continuación mencionaré. El célibe debiera abarcarlas, más o menos, a todas.

B. *Creación del otro como persona*. Ya vimos que esta es la tarea del amor, crear al amado. Y este el sentido más profundo del celibato. Por tanto, un cristiano que acoge el celibato sólo porque la novia no se presta o porque es una ley eclesiástica para los sacerdotes, etc., no ha entendido todavía el ejemplo de Jesucristo ni su mensaje de amor. Y en estas condiciones resultará descalificado por cualquier psicólogo o analista que estudie su caso.

El célibe cristiano, laico o sacerdote, sólo justifica su comportamiento sexual, si busca una verdadera sublimación. La cual no se realiza más que cuando la persona se abstiene de la actividad sexual, en su rasgo procreativo o genital, por un motivo superior. Renunciar a cualquier actividad genital por indiferencia, desgano, impotencia o por cualquier otro motivo como el miedo, la falta de lugar, de tiempo, de oportunidades, etc., no sublima nada. Tampoco hay que sacar ahora la burda conclusión de que hay que buscar ocasiones de pecado, en el sentido técnico de la expresión, para autentificar la propia sublimación sexual.

⁵⁸ P. Matussek, *La creatividad*, o.c., pp. 38-39.

Pues bien, crear al otro como persona es de veras un bien superior. Aparte de que el amor tiene una relación profunda con la sexualidad y engendra en sí mismo un sano proceso de sublimación. Además, el amor supone también una relación viva con Dios. Por tanto, un amor capaz de crear al otro como persona, constituye el camino más seguro para la sublimación sexual de los cristianos.

Por otro lado, la *terapia centrada en la persona*⁵⁹, que se propone como meta la tarea de facilitar el proceso de convertirse en persona, nos ofrece una ayuda incalculable en este sentido. Más allá de los idealismos a que siempre se ha prestado el asunto del amor, la terapia centrada en la persona cuenta con recursos, parámetros, objetivos y experiencias de tipo concreto. Por lo mismo, el célibe cristiano tiene la posibilidad de transformar en términos concretos la abstracción contenida en la palabra amor, con el auxilio de esta forma de psicoterapia.

De esta suerte, si los célibes cristianos subliman su sexualidad a través del amor, facilitando en otros el proceso de convertirse en persona, entonces su presencia en el mundo será reconocida con carácter de urgente. Hay millones de seres humanos que todavía no se convierten en personas y esperan el don del amor para conseguir esa conversión...

C. *Creación de la comunidad.* No obstante que en el momento de la creación la persona se repliega en sí misma para sacar de sí una solución o expresar una inspiración, es innegable que el grupo juega un papel importante en el bloqueo o estímulo de la creatividad. En otras épocas, los genios se aislaban por completo de los demás. En este siglo la creatividad requiere la colaboración del grupo.

En esta perspectiva, hay que aceptar que el grupo no sólo es importante para estimular o impedir la creatividad. También es decisivo para la santificación de los cristianos, para el trabajo en la industria, para el aprendizaje en la escuela, para lograr el cambio social en un país, para facilitar el desarrollo de los miembros de una familia, y así sucesivamente.

En concreto, la formación de comunidades, en las que haya una cierta común-unidad de objetivos, valores, intereses y sentimientos, es una meta codiciada para la creatividad de los célibes cristianos.

Para crear una comunidad auténtica es necesario también el amor. Pero el amor entendido en términos concretos. De hecho, en la terapia centrada en la persona se ha comprobado que las mismas *actitudes* que facilitan el proceso de convertirse en persona⁶⁰, y estimulan la creatividad personal⁶¹, son aptas para favorecer el crecimiento del grupo⁶².

⁵⁹ D. A. Wexler and L. North Rice (Eds.) *Innovations in Client-Centered Therapy*, New York, John Wiley & Sons, 1974. C. R. Rogers, *El proceso de convertirse en persona*, Buenos Aires, Paidós, 1975. R. R. Carkhuff - B. G. Berenson, *Beyond Counseling and Therapy*, New York, Jolt, Rinehart and Winston, 1977. J. Ma. Fuster, *Cómo potenciar la autorrealización*, Bilbao, Mensajero, 1977.

⁶⁰ C. R. Rogers, *El proceso de convertirse en persona*, o.c., pp. 46-61.

⁶¹ *Ib.*, pp. 301-311.

⁶² C. R. Rogers, *Encounter Groups*, Harmondsworth, Middlesex —Inglaterra—, Penguin, 1973, pp. 49-64.

Estoy aludiendo a las llamadas *actitudes básicas*, autenticidad, aceptación y empatía. La *autenticidad* significa expresar lo que se piensa y se siente, pero de manera no destructiva para los demás.

La *aceptación incondicional*, que no excluye al propio yo, consiste en expresar al otro nuestro respeto o la valoración que hacemos de él como persona. Rogers dice que la aceptación es un tipo de amor que equivale a lo que los teólogos llaman *ágape*⁶³.

La empatía, de acuerdo a su significado etimológico, implica la expresión de lo que percibimos en el mundo interior del otro. Pueden ser sus sentimientos, puntos de vista, experiencias, etc.

Pues bien, con estas tres actitudes el célibe despliega, en forma sublimada, su caudal afectivo, facilita la comunicación grupal y colabora en la creación de una verdadera comunidad.

D. *Creación de una sociedad nueva*. Tal como nos lo recuerdan los últimos Documentos eclesiales y de acuerdo a las observaciones de los sociólogos y de los cristianos comprometidos, nuestra sociedad está corrompida por la injusticia, la violencia, la pobreza causada por el enriquecimiento de unos pocos, etc.

El Documento de Puebla describe con fuerte realismo esta situación cuando nos dan una visión histórica de la realidad latinoamericana⁶⁴. Entre otras cosas, señalan la existencia de una *injusticia que puede llamarse institucionalizada*⁶⁵. Por este y otros motivos, los Obispos latinoamericanos, que elaboraron el Documento de Puebla, invitan a una conversión no sólo personal, sino también social⁶⁶.

Esta situación tan problemática de América Latina y del mundo entero, exige con urgencia la creatividad de los cristianos. Y si el celibato es, al parecer, un acicate para la creatividad, entonces merece un lugar central en la vida y en la acción de los cristianos. Incluso, se descubre así la necesidad de religiosos, laicos consagrados y sacerdotes que empeñen todas sus energías en la creación de una sociedad justa, fraterna y pacífica.

E. *Trabajo creativo*. Para cambiar el rumbo de la historia, mediante la creación de una sociedad nueva, hace falta que cada uno realice su trabajo con creatividad. Lo capital aquí no es en *qué* se trabaja, sino *cómo* se trabaja. Un mandatario puede regir los destinos de un país sin creatividad alguna. En cambio, una ama de casa puede ser muy creativa en la organización de su hogar y en la educación de sus hijos.

Lo esencial aquí es hacer lo mismo que hay que hacer, pero haciendo caso de los sentimientos y experiencias personales. Una mujer puede sacar de su experiencia la idea de que debe barrer su casa con un trapo mojado y no con la escoba, como hacen todos los que barren. Y

⁶³ C. R. Rogers y otros, *Person to person*, New York, Pocket Books, 1971, p. 91.

⁶⁴ Episcopado Latinoamericano, *La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina* (Documentos de Puebla) México, Parroquial, 1979, nn. 15-109, pp. 46-59.

⁶⁵ *Ib.*, n. 46, p. 50.

⁶⁶ *Ib.*, n. 193, p. 73.

al realizar todas sus actividades hogareñas a partir de su experiencia interna, es decir, como ella siente que es mejor, consigue un estilo de vida creativo. De aquí se deriva un goce muy profundo.

“Quien nunca consigue realizar una actividad creadora, queda, en definitiva, alienado de sí. Busca inútilmente un sentido para su quehacer, por muy importante que éste pueda parecer a los demás. La felicidad que todos anhelan pero que muy pocos experimentan es, en definitiva, la felicidad del creador en su creación, por muy pequeña que pueda parecer a los ojos ajenos. Esta experiencia básica es parte esencial de las llamadas *peak experiences* (Maslow), de las que también forman parte las vivencias tenidas durante el acto creador”⁶⁷.

Yo supongo que todos, por lo menos en algún momento de nuestra actividad, hemos descubierto el placer y la felicidad de expresar nuestro ser interno en algo que hacemos. Esto nos demuestra que es conveniente trabajar de una manera que nos permita expresar lo que somos, sentimientos y pensamientos.

Es así como podemos desarrollar la creatividad personal y descargar una buena porción de nuestras energías. Y para los célibes, en forma temporal o definitiva, el poder trabajar creativamente constituye una de las condiciones indispensables para comportarse sexualmente de acuerdo al ejemplo de Jesucristo.

F. *Re-creación de la naturaleza*. La creatividad, sobre todo de los cristianos, no puede ser ajena al mundo. Este es el escenario del amor cristiano. Además, según la Biblia, Dios ha puesto en manos del hombre no sólo el dominio transformante de la naturaleza, sino también su conservación.

Pero, en nuestros días, la ecología nos revela que la naturaleza se encuentra seriamente amenazada en su equilibrio. Los progresos científicos y técnicos del hombre dejan tras de sí sustancias y elementos contaminantes, que van destruyendo el medio ambiente⁶⁸. Se trata de una destrucción paulatina y casi insensible. Pero, puede llegar a ser total de acuerdo al potencial destructivo de las armas nucleares⁶⁹.

Ante esta situación los cristianos debiéramos ser muy sensibles. No sólo para cumplir con el encargo divino de conservar el equilibrio natural. También como expresión concreta y efectiva del amor al prójimo. Pues sabemos que la contaminación ambiental y la explotación irracional de los recursos naturales redundan en daño de los seres humanos. Sabemos que el smog, el ruido y la falta de espacios verdes enferman física y psíquicamente al hombre. Por tanto, por amor al prójimo los cristianos debieran luchar contra la contaminación ambiental y en favor de un medio ambiente sano y hospitalario para el hombre.

⁶⁷ P. Matussek, *La creatividad*, o.c., p. 237.

⁶⁸ E. Márquez Mayaudón, *El medio ambiente*, México, Fondo de Cultura Económica,

⁶⁹ E. P. Odum, *Ecología*, México, C.E.C.S.A., 1965, pp. 11-20. J. Passmore, *La responsabilidad del hombre frente a la naturaleza*, Madrid, Alianza Universidad, 1978, pp. 61-90.

Así pues, la ecología constituye un campo más para la cristalización de la creatividad de los célibes cristianos. Hay mucho que hacer en este sentido, sobre todo en países como los de América Latina. Y se trata de una tarea muy urgente. El Documento de Puebla denuncia esta situación:

“Si no cambian las tendencias actuales, se seguirá deteriorando la relación del hombre con la naturaleza por la explotación irracional de sus recursos y la contaminación ambiental, con el aumento de graves daños al hombre y al equilibrio ecológico”⁷⁰.

G. *Construcción creativa del propio yo*. La sobreexcedencia de las energías personales no se explica solamente por la tarea creadora del hombre respecto al mundo y a los demás. El excedente energético también es requerido por el individuo que se responsabiliza de su propio crecimiento.

En el fondo de cada ser humano subyace, en forma potencial, el yo verdadero y positivo, que Dios calcó en la figura de Cristo, *el hombre perfecto*⁷¹. Y aunque el amor de otra persona nos ayude a reconocer ese yo tan perfecto como Dios lo creó, es necesario que cada uno de nosotros se acepte y se exprese de acuerdo a las cualidades únicas e irrepetibles de su verdadero yo.

Es verdad que necesitamos del grupo para llegar a ser el yo ideado por Dios para cada uno de nosotros. Pero, el último paso para nacer como persona, sólo puede darlo el sujeto mismo. Tal vez con una decisión grave y trascendente, el individuo pone en juego toda su libertad. Y es así como da el primer paso, con la ayuda del amigo o del grupo, en el proceso de convertirse en persona. Y tal como supone el lector, nadie puede suplantar al otro en ese acto de libertad, que lo hace nacer o crecer como persona.

Estoy suponiendo el concepto de persona inspirado en el judeo-cristianismo. Asumo, por tanto, que el hombre, en cuanto persona, es un ser *único, responsable y libre para amar a los demás*.

Así que, por ejemplo, el joven no casado todavía, tratará de vivir el celibato cristiano, entre otras cosas, para ocuparse de su propio crecimiento como persona. Esto le exige disciplina, paciencia, confianza, apertura a Dios y a los demás, energías y mucha creatividad. No es fácil descubrir con precisión cuáles son los rasgos y facciones más esenciales del verdadero yo. Y habiéndolos conocido mediante el amor de otro, es una tarea muy ardua la de transformarlos en una personalidad viva y concreta.

La construcción del propio yo abre, pues, un horizonte más a la creatividad de los célibes cristianos.

H. *Relación creativa con Dios en la oración*. Es verdad que Dios toma la iniciativa en la oración. Al brindarnos su amor nos invita a

⁷⁰ Episcopado Latinoamericano, *Documentos de Puebla*, o.c., n. 139.

⁷¹ Así lo denomina con propiedad el Vaticano II, GS 22, 38, 41.

vivir en comunión con El. Sin embargo, la respuesta amorosa del hombre nace —con la ayuda de Dios— de su iniciativa libre y espontánea. En este sentido, el cristiano que opta por el celibato, necesita los recursos de su creatividad para dar esa respuesta en forma realista.

Una oración que nazca de la vida y comprometa con la vida, como pide el Documento de Puebla, exige creatividad⁷². No es fácil buscarse tiempos y lugares para orar en un mundo agitado y alienante como el nuestro. También es difícil armonizar en un buen equilibrio el compromiso con los demás, en especial con los pobres, y la relación amorosa con Dios en la oración.

Además, si el celibato es ante todo un compromiso de amor, hace falta mantenerse en contacto con el Amor. Y ya vimos que la oración no sólo nos pone en relación con el que es Amor, sino que contribuye a disponernos para recibir el don de tener una experiencia de Dios.

Una relación amorosa con el Dios-Amor abre la perspectiva más ilimitada para el empleo más fino y sublimado de la propia afectividad. Es semejante a lo que sucede con un río turbio y agitado que se adentra en el mar. Poco a poco se calman y se purifican sus aguas. Así ocurre al célibe cristiano que logra hacer contacto, de tú a tú, con Dios, hasta adentrarse experiencialmente en el océano de su amor.

A partir de esta relación amorosa con Dios, en una oración dialgal, cabe la posibilidad de superar los tabúes sexuales. Por lo menos a Dios se le puede contar, con absoluta confianza, todo lo que se siente y experimenta a nivel sexual y afectivo. Y de este diálogo con Dios, se puede sacar una mejor integración sexual. También se puede obtener una nueva visión de la propia sexualidad. Pero no sólo una visión intelectual, sino también de tipo experiencial.

De esta suerte, el célibe cristiano aprenderá a ver y a sentir la sexualidad personal y ajena, de acuerdo al enfoque positivo de Dios. Ver y sentir la sexualidad a semejanza de Dios, es uno de los frutos más maduros que el cristiano puede conseguir en la oración hecha como diálogo con Dios.

Por último, la oración es una de las formas con que el enamorado de Dios logra crear a Dios. Ya hemos visto que el amor crea al amado. Y al amar de veras a Dios viene la gana de crearlo. Y esto es posible a través de la oración y de la evangelización. En ambos casos, conseguimos que Dios sea o exista en el corazón del hombre. Logramos que sea acogido como Dios, es decir, como el Amor totalmente mayor que lo que podemos imaginar y sentir...

Este es el horizonte más amplio, en el que el célibe cristiano puede desplegar su creatividad: crear a Dios, dejándolo que exista como Amor infinito en el corazón del hombre. Esta es la cumbre y el sentido último del celibato inspirado en Jesucristo.

⁷² Episcopado Latinoamericano, *Documento de Puebla*, n. 727.

2: *Creatividad Cristiana en Momentos de Excitación Sexual*

Es normal que en la vida de todo ser humano, después de la pubertad, surjan momentos de excitación sexual. Esta es la expresión natural del impulso sembrado por Dios en el corazón del hombre, para que éste, en calidad de co-creador, colabore con El, en la creación de nuevas vidas.

Así que más allá de la malicia y sin previa estimulación externa, el célibe cristiano —sea un joven laico que un obispo de renombre— tendrá que sentir la experiencia de la excitación sexual. A no ser que la reprima. Pero, entonces corre los riesgos de la neurosis, de la improductividad, de la dureza de corazón, de los desbordamientos sexuales, etc.

Más vale ser normal, aunque sea necesario enfrentar la tarea de sublimar y aprovechar con creatividad las energías acumuladas en torno a la sexualidad. Y aparte de esta forma creativa de vivir, que consume muchas energías, es necesario enfrentar también con creatividad, los momentos de excitación sexual.

Como fruto de mi trabajo como orientador y de mi experiencia personal, he descubierto un camino para enfrentar esos momentos de excitación. Es importante evitar los extremos, tanto de la represión como de la caída en un pecado o en un desbordamiento sexual.

Para no caer en ninguno de estos extremos, es posible asimilar la experiencia sexual del momento, mediante la descarga de algunos de los rasgos de la sexualidad.

Resulta obvio que no se debe realizar el rasgo procreativo o genital de la sexualidad. En cambio, sí es posible dar rienda suelta a la racionalidad de la energía sexual, a través de la sublimación, la creatividad, el amor y la experiencia trascendente del encuentro con Dios.

Este es el propósito de los pasos siguientes. No estoy pensando que este sea el camino obligado para enfrentar los momentos de excitación sexual. Cada cristiano debe encontrar su propio método para comportarse en esos momentos de forma congruente con su fe. Lo que yo presento es una sugerencia que, tal vez, puede estimular la creatividad del lector. Estos son los pasos que sugiero:

A. *Apertura a la experiencia sexual.* Para evitar la posibilidad del bloqueo sexual, conviene percibir conscientemente todo lo que se experimenta, a nivel corporal y emocional, en el aquí y ahora de la excitación sexual.

No se trata de un consentimiento moral, ni del simple dejarse llevar por el impulso de la sexualidad, apenas iniciado. Si se quiere, son unos instantes de toma de conciencia. Algo semejante a aquello de que *sentir no es consentir*. En efecto, para manejar cualquier experiencia, es necesario sentirla para poder colocarla en manos de la libertad personal.

B. *Diálogo con Dios sobre la experiencia sexual.* Para reducir al mínimo el riesgo de consentir en esos momentos de excitación, conviene que el cristiano —supuesta una previa experiencia de oración— se ponga

al habla con Dios Padre o con Jesucristo. Y entonces, repasando sus sensaciones corporales y sus sentimientos, puede describirlos en forma detallada a Dios Padre.

Si se logra una comunicación en fe y amor con Dios Padre o con Jesucristo, cabe la posibilidad de entrar con realismo en detalles muy concretos.

C. *Regalo a Dios del rasgo procreativo de la sexualidad.* Ahora sí, porque la persona se adueñó de su experiencia sexual, mediante la percepción consciente de la misma y el diálogo con Dios sobre ella, tiene la libertad real para hacer una opción. Por lo mismo, puede evitar el pecado o su término opuesto, que en este caso, sería el bloqueo sexual. Y más bien, puede optar por ofrecerle a Dios y regalarle con amor el rasgo genital y erótico de su experiencia sexual.

Es obvio que este rasgo genital y erótico de la sexualidad podría impulsar a la persona hacia una relación sexual. Si esta fuera hecha con profundo amor, terminaría, tal vez, en el placer extático del orgasmo completo. Al mismo tiempo, esa relación podría concluir en la procreación, consciente y amorosa, de un hijo.

Esta potencialidad bien concreta está latente en el impulso sexual, que reclama sus derechos a través de la excitación sexual de la persona. En cierta forma, esta potencialidad procreativa es, en el fondo, el rasgo más valioso de la sexualidad. Y al tomar conciencia de esta realidad, es posible dar el paso siguiente.

D. *Placer de dar la potencialidad más rica de la vida.* Es desde el punto de vista de la vida humana, como la procreatividad aparece como el rasgo más valioso y más rico de la vida. Para mí, sólo Dios y la posibilidad de vivir su amor en la vida consagrada, son superiores a un acto de amor humano que puede generar la vida de un hijo. Y porque ese amor mueve al célibe a un amor capaz de crear a otro como persona, se justifica que algunos escojan el celibato como forma de vida.

Porque el célibe, laico o consagrado, hace una valoración radical del rasgo procreativo de la sexualidad, está en grado de experimentar el placer y la alegría de entregar lo humanamente más valioso de esta tierra.

Yo me imagino que se puede hacer la entrega de este don, más o menos, en los siguientes términos: *Señor, no te ofrezco los frutos podridos, como la historia sagrada contaba que hizo Caín... Por el contrario, te doy la flor más bella de la tierra: el acto de amor conyugal, cuyo fruto sería una nueva vida, un hijo que me inmortalizaría por toda la eternidad... Y al entregarte esta posibilidad tan preciosa —o su equivalente—, me alegro y gozo, a pesar de esta muerte mía, porque así puedo expresarte mi amor. Eres Dios y te mereces todo. Sólo Tú te mereces este don tan precioso.*

E. *Programar el uso creativo del excedente energético.* La aparición excitante del impulso sexual produce la tendencia muscular y afectiva de ir hacia el otro. Como el detonador de un revólver cuando ha

sido accionado y está a punto de disparar. En consecuencia, la persona excitada no se relaja ni descarga su tensión con buenos pensamientos o sermones. Tampoco lo consigue minimizando su situación o regañándose por tener reacciones sexuales.

Más bien, hay que crear movimiento en los aspectos corporal y emocional de la experiencia sexual. Y una forma de lograrlo es el hacer un proyecto mental o un programa acerca del uso que se le puede dar a esa energía. Pero, es importante que el programa fluya de las sensaciones corporales y de los sentimientos anímicos actualmente presentes en la persona.

Yo me imagino como si fuera director de cine y proyectara en una pantalla la acción creativa, que se desprende de mis sensaciones y sentimientos. Puede surgir la imagen de visitar a un amigo deprimido, de llamar por teléfono a un enfermo, de cómo organizar una coopeartiva entre los pobres de la parroquia, de cómo hablar con un compañero agresivo, de cómo hacer las clases más personales y personalizantes...

F. *Entregarse a una actividad relacional.* Después de prever hacia cuál objetivo quiere dirigir el impulso de la excitación sexual y la reserva de energía que acaba de manifestarse, el cristiano puede entregarse a una actividad relacional. Si ésta va en la línea de la creatividad, del amor o de la relación trascendente con Dios, pues tanto mejor.

Por este camino se da cumplimiento a casi todos los rasgos propios de la sexualidad humana. Sólo queda eliminado el aspecto genital y erótico.

Entonces la persona puede escribir una carta, llamar por teléfono o ir a visitar a un amigo necesitado. Puede ponerse a escribir un plan para discutirlo con la comunidad eclesial de base o con los más pobres del barrio, que necesitan una promoción social. También puede prolongar el diálogo amoroso con Dios, entregándose a la oración.

Al terminar de describir los pasos para asimilar la excitación sexual, es conveniente añadir algunas consideraciones. Ante todo, repito que cada quien debe encontrar su propio camino. Por otro lado, el tiempo dedicado a la realización de estos pasos varía según la persona. Algunos emplean sólo algunos instantes. Otros necesitan unos minutos. En general, se comprueba que basta con un tiempo breve.

Tampoco hay que olvidar que el secreto de un comportamiento sexual cristiano es el Espíritu de Cristo. El Espíritu Santo nos da la luz y la fuerza necesarias para imitar a Cristo y entregarnos así al amor del Padre y al amor de los hermanos, en especial, de los más pobres y abandonados.

Conclusión

El término de este ensayo más que conclusión es el prólogo para el vivir de los célibes cristianos. Ahora es cuando estas páginas pueden

demostrar que sí estaban orientadas a la vida, tal como era mi propósito al escribirlas.

Para verificar si mi acercamiento al problema de los desbordamientos sexuales es válido y útil, espero que el lector me brinde su colaboración. No sólo practicando alguna de las sugerencias, que se desprenden de esta investigación, sino compartiendo conmigo su propia experiencia como célibe.

Me parece que las sugerencias más salientes van en la línea de la creatividad, del amor y de la apertura a la experiencia del amor con que Dios nos ama.

La *creatividad* aparece como una forma concreta de sublimar la sexualidad. Y puede ser un camino para superar los desbordamientos sexuales o de alejarse del peligro de caer en ellos. Pero, la creatividad del célibe cristiano requiere un campo de acción muy amplio. De ser posible, conviene que abarque las áreas principales de la existencia humana, tal como lo hemos visto en el último capítulo.

El *amor* —complemento esencial de la sexualidad— realiza también la sublimación sexual. Sobre todo cuando nos lleva a penetrar en el centro más profundo de la persona amada, para ayudarla a ser el yo verdadero que realmente es en forma potencial.

Cuando los cristianos orientan su celibato hacia la creatividad y hacia el amor, entonces cumplen su tarea de co-creadores con Dios, en una sociedad injusta y problematizada, que tiene urgencia de una transformación renovadora.

La *experiencia de Dios*, con su impacto profundo de amor y alegría en la personalidad del cristiano, me parece la clave más efectiva para cumplir el celibato a semejanza de Jesucristo.

En realidad, no basta la creatividad orientada hacia los grandes horizontes de la existencia humana, para agotar el caudal enorme de la sexualidad. Aparte, incluso, del ejercicio concreto del amor al prójimo, parece indispensable la fuerza del amor eterno, que Dios quisiera transmitirnos en forma de experiencia.

Tener la experiencia del amor y de la alegría de Dios me resulta lo más seguro en el enfrentamiento del atractivo sexual. Este es muy fuerte y poderoso. Y sólo la fuerza de un amor y de un placer mayores pueden motivarnos, de manera sana, a la superación del placer sexual.

Situar la fe en el terreno vivo de la experiencia es una garantía de auténtica sublimación sexual. Porque la apertura a la experiencia de Dios significa, de ordinario, apertura a cualquier otra experiencia. Por tanto, es de suponer que no sólo se tiene una experiencia de Dios, sino que también hay capacidad para percibir la experiencia vivida por el otro, lo mismo que la propia experiencia sexual.

Apertura a la experiencia sexual, a la experiencia del otro y a la

experiencia que se puede tener de Dios, significa una dinámica relacional muy profunda y amplia. Por lo mismo, todas las energías personales son requeridas por la libertad del individuo para mantenerse en relación consigo mismo, con los otros y con Dios. Y de esta suerte, hay una más alta probabilidad de evitar los desbordamientos sexuales y de emplear creativamente los mejores recursos afectivos.

El compromiso creativo del amor es el tipo de sublimación que parece más acorde con el celibato cristiano. Este se inspira, de hecho, en Jesucristo. El cual hizo del amor el centro de su obra creadora, de su doctrina, de su vida y, sobre todo, de su muerte y resurrección, que instauraron en la humanidad la nueva creación.